

LOU CARRIGAN

EL JUEGO DE LAS MOMIAS



COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

EL JUEGO DE LAS MOMIAS

Colección LA HUELLA n.° 114
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 46672-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: enero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

El gran coche negro se detuvo con silencioso frenazo y suave vaivén de los potentes amortiguadores, en la esquina de una calle del Bronx neoyorquino. Dentro iban cinco hombres: dos en el asiento delantero y tres en el de atrás.

De los cinco, cuatro eran altos y fuertes, de mirada dura y viva, penetrante. El quinto, sentado en medio en el asiento trasero, era más bien menudo, calvito, casi enclenque. Estaba evidentemente asustado, y aún pareció asustarse más cuando el hombre que iba junto al conductor se volvió hacia él. Era el mayor de todos, quizá de unos cuarenta y cinco años. Sus ojos eran claros, su mirada fija, dura.

—Muy bien, Trevor —musitó—. Hemos llegado. Es decir, creo que hemos llegado. Todo depende de que nos haya mentido o no.

—¿Por qué habría de hacerlo? —musitó el enclenque Reginald Trevor—. ¿Qué ganaría engañando al FBI?

—Usted sabrá —deslizó el inspector Parkinson.

—No, no… Se lo juro, inspector. Usted sabe que fui voluntariamente a colaborar con ustedes, con el FBI.

—A cambio de la recompensa que ofrecen —sonrió secamente Parkinson.

—Precisamente… Le juro que no le he mentido. Todo está como le expliqué. Yo…, yo no quiero seguir con esa gente. Estoy asustado… La verdad es que no sabía muy bien en qué asunto me metía. Y cuando me di cuenta, ya…, ya había hecho algunos pequeños trabajos. Pero no quiero seguir.

—Está bien, Trevor. Comprobaremos todo eso.

—Inspector, no… no olvide que me prometió la recompensa y libertad total…

—Un momento —frunció el ceño Parkinson—: yo le garanticé la recompensa que ofrece la embajada rusa. Nosotros no la queremos para nada. Pero lo de su libertad, si quiere hacer un pequeño esfuerzo de memoria, no se lo garanticé. Le dije que estaría a su lado, dispuesto a sacarle del lío con toda la fuerza del FBI. ¿Fue o no fue así?

—Sí… Sí, es cierto. Pero yo quisiera…

—Eso se solucionará a su debido tiempo. Silas. —Parkinson miró a uno de los *G-man* del asiento de atrás—, tú te quedarás con Trevor, aquí en el coche, hasta que te llamemos.

—Sí, señor.

Parkinson asintió con la cabeza. Sacó una pequeña radio de un bolsillo interior y la accionó.

—¿Randall? —llamó.

—Listo, señor.

—Bien. Rodead la casa con toda… exquisitez. Hay que tener mucho cuidado. Si matan a esos rusos por no hacer nosotros bien las cosas, el lío aún será mayor. Y ya hemos tenido demasiados.

—Entiendo, señor. No se preocupe. Los muchachos y yo haremos el trabajo tal como usted lo preparó.

—De acuerdo. Nosotros vamos ahora mismo a la casa. Sólo tenemos que doblar la esquina y caminar unos treinta pasos. Cuestión de veinte segundos. Es todo.

Cerró la radio, la guardó y salió del coche. También salieron dos de los tres agentes especiales, que siguieron a Parkinson a tres o cuatro pasos, hacia la esquina. Caminaron tras él aquella treintena de pasos, hasta detenerse ante la puerta de una casa de un solo piso, vieja, sucia, que tenía todo el aspecto de un almacén poco menos que abandonado.

Parkinson señaló la gran puerta de madera, y uno de los federales, ganzúa en mano, se adelantó. Le llevó menos de quince segundos abrir la gran y simple cerradura del viejo almacén. Luego, la empujó un par de pulgadas.

—No hay luz —musitó.

Acabó de abrir, cediendo el paso a su compañero y a Parkinson, que entraron rápidamente, sacando sus pistolas provistas ya de

silenciador. El
G-man
entró también, ajustó la puerta y sacó su pistola. La oscuridad habría sido total de no ser por la amarillenta luz que llegaba del exterior, a través de los sucios cristales de las altas ventanas del almacén.

—Luz, Rockett —susurró Parkinson—, atento, Fawcet.

Rockett encendió una diminuta linterna, con la que recorrió en pocos segundos todo el almacén, en busca de una posible trampa. Pero no había trampa. Todo lo que había era un viejísimo «Ford», cajas cubiertas de polvo y latas vacías de gasolina.

Finalmente, la delgada raya de luz fue hacia el fondo del almacén, a la parte izquierda. Los tres hombres fueron hacia allí, siempre sin hacer el menor ruido. Rockett estuvo buscando unos segundos por el suelo, hasta encontrar la anilla de hierro empotrada en la trampilla de madera. Fawcet tiró de ella, primero lentamente, hasta convencerse de que al ser alzada la trampilla no haría el menor ruido. Entonces, acabó de abrirla de un seco y rápido tirón.

Rockett apagó inmediatamente la linterna. Ya no era necesaria. Una luz tenue llegaba hasta los peldaños de madera que descendían al sótano del almacén, acuclillado, el
G-man
echó un vistazo abajo. Luego, inició el descenso, colocándose delante de Parkinson, que aceptó los buenos deseos y la protección de su agente con una levísima sonrisa.

Fawcet fue el último en iniciar el descenso. Cuando llegó abajo, su compañero y Parkinson estaban mirando ya hacia el fondo, de donde llegaba la luz, formando una mancha rectangular en el amplio pasillo, y lanzando el resplandor hacia la escalera de madera. Lenta, silenciosamente, los tres federales caminaron hacia la luz, al llegar a la esquina del pasillo, Rockett y Parkinson quedaron pegados a la pared, mientras Fawcet asomaba cautelosamente la cabeza. Se irguió de pronto y se colocó a plena luz, con la pistola alzada, lista para el disparo.

—Quieto —susurró.

Parkinson y Rockett se apresuraron a salir también a la luz. Lo hicieron a tiempo de ver todavía la desorbitada expresión del hombre sentado a una silla junto a una puerta, en mangas de

camisa, con un periódico en las manos. Parecía que la primera presa había sido fácil de cazar…

El hombre lanzó un grito, de pronto. Un fuerte grito de aviso, mientras saltaba hacia la puerta que tenía cerca de él, llevando la mano a la pistola que se veía perfectamente en su axila, sobresaliendo de la funda.

Plop.

El disparo de Fawcet le acertó en el vientre una fracción de segundo antes de que el hombre apretara el gatillo de su pistola tan velozmente desenfundada. La bala dio en el suelo, rebotó en el techo y dejó de oírse el tercer vibrante rebote… Lo que sí se oyó fuertemente fue el estampido del disparo, mientras el hombre, ya encogido, doblado sobre sí mismo por efectos del balazo en el vientre, parecía saltar hacia atrás, contra la puerta… Ésta crujió, cedió hacia dentro, engullendo al agonizante individuo, que fue recibido con exclamaciones de sorpresa, de sobresalto. Se oyó ruido de sillas, también. Y pisadas…

Cuando Fawcet y Rockett aparecieron en el umbral, dispuestos a dominar la situación por las buenas, es decir, recurriendo solamente a la advertencia de inmovilidad, tres hombres se repartían rápidamente por aquel cuarto, separándose de la pequeña mesa donde se veían cartas francesas, monedas y billetes, una botella…

—¡Quietos! —advirtió Rockett—. ¡No sé…!

Aquellos hombres, estaba bien claro, no eran de los que se dejaban atrapar. Dos de ellos sacaron con toda rapidez sus pistolas, mientras el tercero llegaba de un salto a una de las paredes, con las manos tendidas hacia la pequeña metralleta que pendía de un clavo…

—¡Apártese…! —le gritó Parkinson—. ¡Apártese de esa…!

Los otros dos ya habían sido derribados por los disparos de Fawcet y Rockett, que, sin duda, eran más expeditivos que su jefe, o más rápidos para intuir que nadie se rendiría allí.

Por lo menos, no parecían tener intención ninguna al respecto, ya que el de la metralleta, a pesar de oír los apagados disparos de los *G-men* y oír los gemidos de sus compañeros y sus choques contra las paredes, descolgó la metralleta, se volvió…

Plop… Plop… Plop…

Los tres federales dispararon a la vez contra él, clavándolo contra la pared. El tipo quedó allí como si de verdad estuviese clavado, con los ojos muy abiertos, las manos crispadas en la metralleta que no había tenido tiempo de utilizar… Y se quedó así: en pie, pegado de espaldas a la pared.

Fawcet se acercó a él y le quitó la metralleta de las manos. Fue como si hubiese cortado un hilo: el hombre se derrumbó, de pronto, arrugándose como una cuerda. Rockett, tras apartar con el pie las pistolas que los otros dos habían tenido tiempo de sacar de las fundas, las recogió y las tiró sobre la mesa donde se veían los naipes, al mismo tiempo que Fawcet dejaba allí la metralleta.

Parkinson fue hacia la estrecha puerta que se veía a un lado, y giró la llave que había en la cerradura. Empujó la puerta, dio la luz del pequeño cuarto…, y sacó la radio de bolsillo, mientras se quedaba mirando a los dos maniatados hombres sentados en el suelo que hacían lo posible por mirarlo, resistiendo el deslumbramiento, ambos llevaban barba de tres o cuatro días, y se veían demacrados, fatigados, sucias las ropas… Uno de ellos debía tener quizá cincuenta años. El otro, no más de treinta.

—Randall —musitó Parkinson.

—¿Sí, señor? —Se oyó la tensa voz de Randall.

—Todo listo. Proceded.

—Al instante, señor.

Parkinson se guardó la radio y esperó a que Fawcet y Rockett desataran a los dos hombres y les ayudaran a ponerse en pie. Entonces, sacó su estuche de piel, con la placa y la tarjeta, y lo mostró a ambos.

—Tranquilícense. Somos del FBI. Todo va bien, ahora. Los llevaremos a su embajada lo más pronto posible. ¿Están bien, señor Soliakov? ¿Y usted, señor Bodorin?

CAPÍTULO II

De los dos diplomáticos rusos, el de más edad asintió sombríamente.

—Estamos bien, señor…

—Oh… Inspector Parkinson. Del FBI, como les he dicho. Ellos dos —señaló a los *G-men* — son agentes especiales. Estamos muy satisfechos de haberles sido útiles, señor Soliakov.

—Inspector Parkinson —dijo el más joven de los soviéticos—, sepa usted que presentaremos una queja formal a…

—Cállese —farfulló Soliakov—. No presentaremos ninguna queja a nadie, Bodorin.

—¡El Gobierno de Estados Unidos…! —empezó Bodorin.

—¿Qué tiene que ver el Gobierno de Estados Unidos con esto? —le interrumpió el ruso de más edad—. No sea quisquilloso, Bodorin. Este asunto es simplemente consecuencia de la delincuencia norteamericana, no una cuestión diplomática. Olvídelo.

Parkinson sonrió secamente.

—Le agradezco que vea tan claramente la realidad, señor Soliakov —dijo—. Verdaderamente, el Gobierno de mi país no se dedica a raptar diplomáticos rusos… Ni de ningún país. Y menos, claro está, en territorio americano.

León Soliakov sonrió amablemente.

—No hay tema de discusión, inspector Parkinson. Todo lo que mi secretario y yo podemos decir es: gracias, aparte, naturalmente, haremos constar en nuestro comunicado oficial la magnífica actuación del FBI.

—Se lo agradezco, señor Soliakov.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó Bodorin abruptamente.

Parkinson lo miró procurando ocultar su disgusto.

—Si tiene tanta prisa, señor Bodorin, puede marcharse ahora mismo —casi masculló—. Sin embargo, les agradecería su colaboración para la redacción del informe que será archivado en nuestra Central, en Washington.

—¡El informe de ustedes a su…!

—Nos quedaremos —suspiró resignadamente Soliakov—. Con una condición, inspector Parkinson.

—¿Una condición? —entornó los ojos el inspector del FBI—. ¿Cuál, señor Soliakov?

—Que nos dé unos cigarrillos.

—Oh… ¡Oh, por supuesto! —exclamó Parkinson—. Perdone que no se los haya ofrecido antes. Por favor, quédense con el paquete. Y disculpen un momento…

Les entregó un paquete de cigarrillos y su encendedor, y se acercó al recién llegado *G-man*, Randall Frost, que encabezaba el grupo de cuatro que se sumaba al grupo inicial de ataque. Detrás, llegaba Silas, con Reginald Trevor, cuyo rostro estaba desencajado, fijos los ojos en los cadáveres de los cuatro hombres que habían tenido prisioneros, raptados, a los dos diplomáticos rusos.

Al ver a Reginald Trevor, Bodorin se atragantó con el humo del recién encendido cigarrillo, y lo señaló furiosamente.

—¡Inspector Parkinson, ese hombre es uno de los que nos…!

—Lo sé, señor Bodorin. Ha colaborado con nosotros para encontrarles, Randall, por favor, ocúpate de los diplomáticos rusos…, y que tengas suerte. Usted, Trevor, venga…

* * *

A doscientas yardas de allí, en un pequeño apartamento, el hombre que estaba inclinado sobre la receptora-grabadora lanzó una exclamación de rabia y alzó vivamente la cabeza hacia la mujer que tenía al lado.

—¡Trevor! —exclamó—. ¡Reginald Trevor! ¡El muy puerco nos ha traicionado…!

—Cálmate —dijo fríamente la mujer—. Y sigue escuchando. Será interesante oír lo que hablan los del FBI en nuestro sótano.

—¿Estás loca? —Casi gritó el hombre—. Escucha, Lulu, si Trevor nos ha traicionado, quiere decir que lo dirá todo…, absolutamente todo. Lo de las momias, lo del *Tormenta*, lo de anteriores trabajos…

—Tranquilízate, Alan.

—¡Nos van a atrapar…!

—Seguramente. Pero si echamos a correr ahora, será peor todavía. Si es cierto que Trevor nos ha traicionado, debemos suponer que el *Tormenta* ya está bien vigilado en el muelle. Por tanto, si vamos allí, será cuando nos cazarán sin remedio. No nos pongamos nerviosos. Instalamos en el sótano un grupo de micrófonos para saber en todo momento lo que ocurriese allí, y, sobre todo, para grabar las conversaciones de las personas que capturásemos. Pues bien: aprovechemos esos micrófonos. Vamos a escuchar qué es lo que sabe el FBI, y qué es lo que piensa hacer a partir de este momento.

—Yo creo que sería mejor…

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—No sé. Escapar, eso es todo.

—No seas ingenuo. Con la ayuda del traidor de Trevor el FBI va a tender un cerco que no podremos romper. Pero quizá haya un medio.

—¿Un medio? ¿Cuál?

—Saber cómo van a organizar ese cerco. Sigamos escuchando… Sube un poco más el volumen…

* * *

Reginald Trevor siguió dócilmente a Parkinson hacia el rincón señalado por el inspector del FBI.

—Los… los han matado a los cuatro…

—No hemos tenido otro remedio, Trevor. Nuestro oficio no es matar, pero, afortunadamente, nos han enseñado a defendernos.

—¿Se resistieron?

—Exactamente. Mire, Trevor, estamos en un caso muy serio, usted lo sabe. Esos dos hombres que acabamos de rescatar no son los primeros diplomáticos que desaparecen… Pero sí son los primeros que hemos podido rescatar. Hasta ahora, han desaparecido

ocho, de diversas embajadas de Washington y Nueva York.

—Sí… Lo sé…

—Según usted mismo nos explicó, el proceso es el siguiente: los diplomáticos son raptados, mantenidos ocultos en un lugar seguro, y cuando disponen del medio de transportarlos, se los llevan de Nueva York o de Washington, a cierto lugar, allá, son presionados para que revelen todos los detalles diplomáticos de sus respectivas embajadas, así como grandes o pequeños secretos de sus países. Luego, esos informes, esos detalles diplomáticos, los secretos de esos países, los acuerdos políticos o económicos que estén dispuestos a firmar con otros países, y, en fin, todo cuanto los diplomáticos tarde o temprano confiesan al ser… presionados, es redactado en un informe global, que es vendido al mejor postor. Una vez conseguido esto, los diplomáticos son asesinados. ¿Correcto?

—Sí… Sí, señor, sí… Pero yo no…

—No le digo que usted haya asesinado o torturado a ninguno de esos diplomáticos desaparecidos. Eso ya lo sabremos. Lo que nos interesa saber es quién organiza esos raptos de diplomáticos para torturarlos, conseguir sus secretos diplomáticos, venderlos al mejor postor en el mercado del espionaje internacional…, y luego asesinar a los diplomáticos. Todo esto, Trevor, está ocurriendo en nuestro país, en Estados Unidos. ¿Se da cuenta de la tensión que esto está causando en nuestras relaciones con todas las embajadas o consulados de diversos países? Todo esto está montado de tal modo que atenta contra la función del FBI de tres modos distintos, seguridad nacional, espionaje y raptos. ¿Me va entendiendo?

—Yo… Sí… ¡Sí!

—¿Va a seguir colaborando?

—¡Ya le dije que haría todo lo que pudiese!

—De acuerdo, Trevor. Entonces, conteste: ¿quién es la persona que dirige todo esto y dónde está?

—¡No lo sé! ¡Ya le dije que eso no lo sabía!

—Quizá esté mintiendo, Trevor.

—¡Le juro que no! Sería peor para mí… ¡Ojalá atrapasen al jefe de la organización, inspector, porque hasta entonces yo no me sentiré seguro! ¿No lo comprende?

—Sí… Parece muy lógico y razonable.

—Le dije todo lo que sabía… Ya le mencioné ese barco de matrícula colombiana que viene periódicamente a Estados Unidos, con diversas cargas, y se lleva productos norteamericanos… ¡Se lo dije todo! El barco de matrícula colombiana llamado *Tormenta* ha sido el que, por diversos procedimientos, ha estado llevándose a los diplomáticos raptados…

—¿Adónde?

—¡No lo sé! —Casi gritó Reginald Trevor—. A un lugar donde son torturados y obligados a revelar sus secretos diplomáticos que luego son vendidos a espías profesionales. No sé quién dirige esto, inspector… Pero le mencioné a Lulu Pawling, que es la mano derecha del jefe absoluto. Y está también Alan Kester, que suele trabajar en colaboración con Lulu… Ella es muy lista… Luego, está Anselmo Corrales, el capitán del *Tormenta*, que también pertenece a la organización…

—Debemos suponer que todos los tripulantes del *Tormenta* están relacionados con este asunto, eso es elemental, Trevor.

—¡Pues vaya al muelle y deténgalos a todos! ¡Yo no puedo decirle nada más! ¡Vaya y deténgalos, eso es todo!

—No es tan fácil como parece —susurró Parkinson—. Este asunto es demasiado serio para jugárnoslo todo a una carta, a una sola jugada, mejor dicho… No hay que precipitarse. Todo el país está sobre ascuas con el asunto de los raptos de los diplomáticos, y hay que acabar con ello de un modo radical, no deteniendo a unas cuantas personas que, como usted mismo, quizá ignoren también quién dirige el asunto… Y ahí queremos llegar: al jefe supremo.

—Le juro otra vez que no tengo ni idea de quién es.

—¿Tampoco sabe qué ruta sigue el *Tormenta*, ni qué puertos toca, en su regreso a Colombia?

—Es un carguero pequeño, que hace solamente pequeños transportes particulares… Lo mismo puede parar en un puerto que en otro, o seguir la ruta que quiera… No sé tampoco esto, lo siento. Pero quizá Lulu Pawling lo sepa.

—Sí… Quizá ella lo sepa… Quizá. Pero no puedo arriesgarme a detenerla y que ella, como usted, ignore quién es el jefe supremo y dónde está.

—¡Cómo! —aulló Trevor—. ¿Está diciendo que no piensa detenerla?

—No —sé— murmuró pensativamente Parkinson. —No sé cómo enfocar esto… Será cuestión de pensarlo.

—¡Pensarlo! ¡Mientras usted piensa, ellos podrán escapar…!

—De eso nada, Trevor. El *Tormenta* no saldrá del puerto de Nueva York jamás…, a menos que yo lo autorice.

—¿Usted va a autorizar la salida del *Tormenta*? ¡Pero…!

—Digamos que moveré los resortes del FBI a fin de que el barco colombiano llamado *Tormenta* zarpe sin novedad rumbo a…, a su destino.

—¿Usted… usted lo dejaría marchar, y lo seguiría, para que le llevase al jefe supremo…?

—Seguir un barco… No. No haré eso, no… Veamos si recuerdo bien lo que usted me dijo de las momias, Trevor. El *Tormenta* ha traído objetos de arte antiguo colombiano por los cuales hace tiempo que el Museo Central de Nueva York sentía un grandísimo interés, a cambio, el Servicio Nacional Científico Colombiano, ha pedido dos momias egipcias al Museo Central de Nueva York. Y como a este Museo le sobran momias y no tiene esos objetos de arte y civilización antigua colombiana, cambia dos momias por tales objetos. ¿Exacto?

—Sí… Eso es.

—Los objetos de arte y civilización colombianos han sido ya entregados al Museo de Nueva York.

—Sí… Sí.

—Ahora, las momias deben ser trasladadas al *Tormenta*, para que éste las lleve a Colombia. Bien entendido que las momias no llegarían al Servicio Nacional Científico Colombiano porque un «desdichado accidente» en el mar ocasionaría la pérdida de ambas momias. Y eso está tramado porque, cuando las momias lleguen al *Tormenta*, no serán momias auténticas, sino que se tenía pensado que fuesen dentro de los sarcófagos los dos diplomáticos rusos que acabamos de liberar. ¿Sí?

—Sí…

—Explíqueme otra vez cómo se haría el cambio de las momias auténticas por los dos diplomáticos rusos.

—Bueno… Una camioneta recogería las momias en el Museo de Nueva York, y las llevaría hacia el *Tormenta*. Pero, antes, claro, pasarían por aquí, sacarían las momias de los sarcófagos, pondrían

dentro a los diplomáticos rusos, y así podrían sacarlos fácilmente de Estados Unidos, para llevarlos adonde el jefe supremo se encargaría de ellos.

Parkinson asintió con la cabeza.

—Entonces, la camioneta pasará por aquí, y sus ocupantes cambiarán las momias auténticas por dos cuerpos sólidamente vendados, que se supone serán los dos diplomáticos rusos, dormidos con alguna droga muy fuerte… ¿*Okay*?

—Sí… *Okay*.

—Y llevarían esas falsas momias adonde está el jefe supremo.

—Sí… Sí, señor…

—¿Se tenían que marchar también los cuatro hombres que hemos tenido que matar?

—No. Ellos son residentes de Nueva York… Siempre se quedan. Están fijos aquí, para hacer los trabajos que requieran conocimientos de la ciudad, y cosas así.

—O sea, que esos cuatro hombres no se irían en el *Tormenta*.

—No.

—De modo que si alguien viene a buscar a los dos diplomáticos rusos, y cuando deja las momias auténticas recibe a cambio a dos sujetos vendados completamente como momias, los aceptará tranquilamente… ¿No es así?

—Bueno… Supongo que sí. Quien venga a traer las momias ya sabe que le darán a cambio a dos hombres que… que parecerán más o menos momias. Chesney y Hocking —señaló a dos de los cadáveres— eran los encargados de vendar a los dos rusos como si fuesen momias, después de dormirlos…

—¿Y quién los entregaría a quien venga a buscarlos?

—No sé…

—¿No podría entregar usted las dos momias falsas, Trevor? Le pregunto si eso causaría sorpresa.

—No… Claro que no.

—¿Aunque ninguno de estos cuatro hombres estuviese presente? ¿Podría usted decir que ellos no estaban, que habían salido por algún motivo?

—Desde luego. ¿Por qué pregunta eso?

—Me parece, Trevor, que usted va a entregar dos momias.

Reginald Trevor quedó con la boca abierta unos segundos. Para

cuando quiso reaccionar, Rockett y Fawcet, a una seña de Parkinson, ya estaban reunidos con ellos, mirando expectantes a su jefe.

—¿Os gustaría jugar a las momias? —sonrió secamente Parkinson.

—¿Cuáles son las reglas, señor? —sonrió también Rockett.

—Engañar a unos asesinos y llegar al jefe de la organización. Vale cualquier truco. La única dificultad está en que pasaríais bastante calor, con tantas vendas.

Trevor comprendió al fin y quedó lívido de espanto.

—¿Están locos? —gritó—. ¿No comprenden que…? No se atreverán a hacerlo, no pueden ir ahí dentro, en un sarcófago…

—¿Por qué no? —Frunció el ceño Fawcet.

—Pe-pe-pero… ¿Están locos?

—Escuche, Trevor —dijo secamente Parkinson—, hay un jefe de una organización muy peligrosa que está esperando dos momias. Y hay un organismo llamado FBI que quiere encontrar a ese jefe… ¿Por qué no enviarle dos momias peligrosas? Una vez localizado ese hombre, todo será más fácil. Quien interesa es él, de una vez por todas. Porque si atrapamos ahora a los del *Tormenta*, y ninguno sabe quién es, o ninguno quiere decirlo, no habremos conseguido nada… Unos cuantos prisioneros…, y el jefe, todavía libre, reorganizando su grupo en cualquier parte, tranquilamente. No, no… Nada de eso. Queremos al cerebro director de todo esto. Y un buen medio para saber dónde está es proporcionándole dos momias, que él debe estar esperando en algún lugar… ¿Qué decís vosotros de esto? —Miró a los dos—

G-men

. ¿Os parece mal ser momias por un día, o dos, quizá tres…?

—Vaya, señor, no es un encargo muy alegre —gruñó Fawcet.

—Pero el juego podría ser divertido… —dijo Rockett—. Nos dejarán seguramente en la bodega del barco, y no creo que nadie se quede vigilando allí. Podremos salir de los sarcófagos, o abrirlos, para tomar el aire…

—Estarás vendado como si fueses un fardo —opuso Fawcet—, de modo que ni siquiera podrás mover los brazos. Y, menos, caminar.

—Demonios…

—Un momento —susurró Parkinson—. Vendrán por la mañana a

recoger esas momias ¿no, Trevor?

—Sí… Inspector, yo no me hago responsable de lo que les ocurra a sus hombres. Yo…

—Tiene gracia el hombrecillo… —rió Rockett—. ¡Estaría bueno que él fuese responsable de nuestra seguridad!

—Podemos encargar un vendaje especial para dos momias especiales —dijo Parkinson—. Un vendaje que parecería envolveros completamente, pero con una cremallera detrás. Cuando os dejasen en la bodega del *Tormenta* podríais quitaros las vendas como si fuese un «mono», y moveros para hacer un poco de ejercicio.

Rockett y Fawcet se miraron.

—Podría dar resultado —musitó Fawcet—. En la Delegación, nuestros médicos pueden confeccionar ese… vestido de vendas, y luego pondríamos la cremallera, que se abriese y se cerrase por dentro. Bueno, parece algo realmente difícil, pero… podría intentarse.

—O eso, o atacar directamente al *Tormenta*.

—Eso podría significar perderlo todo, señor.

—En efecto, Rockett.

—Bien… Bueno, se puede intentar, desde luego… Parece una chifladura, pero… ¿Por qué no? Cuente conmigo.

—Está bien —farfulló Fawcet—, jugaremos a las momias.

—Magnífico, ahora, sólo faltará que nos salga bien el «traje» con cremallera, y que Trevor entregue con naturalidad las dos momias que está esperando ese jefe supremo… ¿Qué hay, Daniel?

Uno de los *G-men* que había llegado con Randall Frost hacía señas a Parkinson, que se acercó a él. Durante unos segundos, el *G-man* estuvo susurrando junto a un oído de Parkinson, que alzó vivamente la cabeza un instante, para calmarse en el acto. Luego, tras escuchar lo que tan confidencialmente le dijo Daniel, fue él quien estuvo un par de minutos cuchicheando junto a una oreja del agente especial, que salió del cuarto, sonriendo irónicamente.

Parkinson regresó junto a Trevor, Rockett y Fawcet.

—¿De qué se trata, señor? —se interesó éste.

—Nada importante. Randall se va a llevar a los rusos —guiñó un

ojo a sus agentes, sorprendiéndolos grandemente—. Volviendo al asunto: vosotros dos iréis como momias en el *Tormenta*, y espero que así podréis llegar sin contratiempos hasta el jefe supremo de esta organización criminal… Desde luego, debajo de las vendas llevaréis vuestra pistola. No hay que correr riesgos inútiles tampoco, así que…

* * *

Alan Kester alzó la cabeza, quitándose de un manotazo el cigarrillo que, más que fumarlo, casi se lo había comido.

—¿Los estás oyendo? —exclamó—. ¡Quieren meternos a dos agentes del FBI a bordo!

—Los oigo, Alan —sonrió Lulu Pawling.

—En lugar de tener a los dos diplomáticos rusos que habíamos secuestrado, tendríamos nada menos que a dos federales, armados y con uniforme de momia… ¡Los muy…!

—Son listos —sonrió la bella Lulu, acariciando su rubia cabellera pensativamente—. Muy listos, Alan. Eso es todo. Pero los del FBI no tienen la exclusiva de la inteligencia, me parece a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Ni yo misma lo sé exactamente todavía… Pero estoy convencida de que haber escuchado esa conversación va a resultarnos muy útil.

—¿Útil? ¿Para qué?

—Para jugar a las momias.

—¿Tú también estás loca? —Gruñó Alan Kester.

—Ni mucho menos, querido… ¿Qué crees que ocurrirá si les dejamos que hagan su juego?

—Pues nos colocarán a bordo a dos agentes del FBI, zarparemos, y llevaremos a esos agentes…

—¿Adónde? —sonrió malignamente Lulu.

—Bueno. —Kester parpadeó furiosamente—. Desde luego, no llegarían vivos ante el jefe, eso es seguro.

—Seguramente, no. Pero nosotros habríamos zarpado, habríamos salido del puerto de Nueva York. Porque, llevando a esos dos federales a bordo, nos dejarían salir tranquilamente, sin molestias, ya que lo que quieren es que ellos lleguen hasta el jefe, para eliminarlo o detenerlo… ¿No es así, Alan?

—Sí.

—Bueno. Dejemos que ellos hagan su juego, que jueguen a las momias. Nosotros nos haremos los tontos, recibiremos a esos federales como si creyésemos que son los diplomáticos rusos, nos vamos, y… Ya veremos qué hacemos luego. El FBI no hará nada hasta que nosotros toquemos tierra. Y eso, suponiendo que sus agentes estén vivos para enviarles algún mensaje. Si los matamos, no podrán enviar ese mensaje, y nosotros seguiremos navegando tranquilamente, libres de su vigilancia.

—Pasarán aviso a los guardacostas del Atlántico. Nos vigilarían en todos los puertos que tocásemos…

—Pero tú ya sabes que nosotros no nos detendremos en un puerto, Alan —sonrió de nuevo Lulu.

—Es cierto —acabó por sonreír Alan Kester—. ¡Maldita sea, es cierto! ¡Podemos largarnos tranquilamente, con el beneplácito del FBI! Le dejamos los dos federales que juegan a las momias al jefe, y nosotros seguimos hacia el sur. Y como el FBI creerá que sus hombres siguen a bordo y que no hacemos escalas, cuando quieran darse cuenta estaremos en el Caribe, a salvo de ellos. Y el jefe se encargará en su quinta junto al mar de liquidar a los dos federales y escapar si lo cree necesario…

—Perfecto. Por tanto, jugaremos a las momias con el FBI.

—¡Bien! —rió Kester—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos escuchando?

—¿Para qué? Lo mejor que podemos hacer es volver al barco… No conviene estar mucho tiempo aquí. Si vigilan el *Tormenta*, quiero que nos vean allí, pues de otro modo podrían sospechar que tenemos este otro escondrijo en tierra… Nos iremos al barco ahora mismo y nos llevaremos el receptor-grabador.

—No sé hasta qué punto es buena esta parte de tu idea, Lulu. Yo creo que sería mejor que uno de nosotros se quedase aquí, atento a todo lo que hablen los del FBI. Puede que cambien de planes, o que hagan modificaciones interesantes…, además, tendrán que quedarse toda la noche, y el maldito Trevor con ellos, esperando que en el FBI les hagan esos «trajes» de momia… Y por la mañana, cuando vayan dos de los hombres del *Tormenta* con la camioneta a recoger los sarcófagos al museo, y luego pasen por el almacén para recoger las momias de esos dos federales, yo quisiera oír lo que Trevor les dice,

lo que ocurre allí dentro…

—Quizá sería conveniente —musitó Lulu Pawling—. La verdad es que enfrentarme al FBI no me hace ninguna gracia, y será mejor que tengamos todas las garantías de que no traman algo diferente…, de acuerdo, Alan: te quedarás aquí, hasta que sepas que las momias están ya definitivamente camino del *Tormenta* después de haber pasado por el almacén con la camioneta.

—Se me está ocurriendo otra cosa: tendríamos que enviar a dos tipos capaces de convencer a Trevor para que subiese a la camioneta y fuese con ellos al *Tormenta*. ¿No te gustaría tenerlo un rato disponible, Lulu?

—Sí… Me gustaría. Pero no hay que asustarlo, si queremos que suba a bordo. Podríamos decirle que tenemos que darle algunas instrucciones antes de marcharnos… Buena idea, Alan: haremos que nuestro traidor participe en el juego de las momias. Y otra cosa… Sí, las ideas van apareciendo: aprovechando que van a dejarnos salir de Nueva York porque llevaremos con nosotros a dos agentes del FBI, yo llamaré por la radio a los especialistas en localización de diplomáticos interesantes. Nos los llevaremos.

—¿Vamos a dejar vacía la ciudad de Nueva York?

—Y, probablemente, la de Washington. Todo esto les hará creer a los del FBI que estamos organizando una junta general, y se pondrán muy contentos ante las facilidades que vamos a darles para atrapar a toda la organización en pleno.

—¡Bien pensado! Cuando quieran darse cuenta, nos habremos largado todos los del *Tormenta*, llevándonos a todos nuestros hombres de Estados Unidos. ¡Estupendo, Lulu!

La rubia sonrió fríamente.

—Sigue atento al receptor-grabador. Yo regreso al *Tormenta*.

CAPÍTULO III

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, dos taxis se detenían muy cerca del barco carguero llamado *Tormenta, de* uno de los taxis se apeó una muchacha de poco más de veinte años, de cabellos color platino que parecían naturales. Una hermosa cabellera color plata o ceniza, lacia, graciosamente despeinada. Llevaba un vestido azul de finísimo tejido, y zapatos de color plateado. En términos vulgares, era lo que se suele llamar un bombón; pero, ya puestos a ser vulgares, se puede decir que era un sensacional bombonazo, algo tremendo. Lástima que parecía muy seria, casi antipática, y que llevaba unos lentes de gran montura negra. Tenía la boca grande y dulce, de labios llenos, y una barbilla firme pero deliciosa, con un hoyuelo en el centro… Si no hubiese sido por la seriedad de tan bello rostro, y por los lentes de montura negra, que le daban un aire de intelectual pedante, aún habría resultado más tremenda. Lástima.

De su mismo taxi descendió un caballero de casi sesenta años, con perilla canosa y porte señorial, impecablemente vestido, serio como un zapato. Él se hizo cargo del maletín de la muchacha, y el taxista de las dos grandes maletas, que sacó del portaequipajes. Y de esta guisa, yendo por delante la bellísima pero cargante intelectual, los tres caminaron hacia la pasarela del *Tormenta*, muy decididos.

Del otro taxi se apeó un tipo que era todo un argumento pictórico. Es decir, que habría sido un espléndido modelo para un pintor que buscase personajes con personalidad. Con «garra», como se dice en estos tiempos. Su estatura era inferior a los seis pies, quizá en tres pulgadas. Pero incluso parecía más bajo, debido a la anchura de sus hombros, que resultaba en verdad increíble; producían la impresión de ser de roca viva, duros y sólidos,

indestructibles. La cintura era de una brevedad no menos asombrosa que la anchura de los hombros. Daba la impresión de que era una fina barra de acero sobre la cual se había asentado un torso de poderío incalculable. Un atleta absoluto. Las manos eran grandes, toscas, incluso un poco deformados los dedos; el cuello era fino, pero nervudo, musculoso, fortísimo. Vestía jersey negro, pantalones blancos y zapatillas de baloncesto, y, al parecer, por todo equipaje, llevaba una bolsa de lona, que se cargó a los hombros tras pagar al taxista, para dirigirse, también, hacia el *Tormenta.*

Un tipo con personalidad.

Sobre todo, por su rostro. Un rostro de nariz rota, con la clásica forma de los boxeadores. También tenía una cicatriz sobre la ceja derecha, y otra en el pómulo del mismo lado. La mandíbula era como un peñasco de tono azulado por la espesa barba, bajo una boca grandota, firme y hosca. Los cabellos era una especie de escoba de color paja colocada al revés. Y los ojos, dos penetrantes puntos negros que parecían buscar a alguien con quien romperse la cara, así, por las buenas.

Cuando tan sensacional ejemplar masculino hubo seguido los pasos del no menos sensacional ejemplar femenino con lentes de intelectual pedante, la jovencita en cuestión estaba esperando la decisión final que seguiría a la conversación entre el tipo de la perilla canosa y la bella rubia llamada Lulu Pawling.

Hubo un cambio de miradas entre el tipo con cara de boxeador con malas pulgas y la joven de los lentes; una mirada animosa, como si ambos se dieran cuenta de que tenían delante su antítesis. Ella, dulce, hermosa, educada, elegante, culta… El, un tipo con la nariz rota, la cara marcada por cicatrices que no podían ser debidas más que a golpes con guantes de boxeo, y un atuendo cómodo, pero en absoluto serio, y menos aún, elegante. No se podía encontrar dos polos más opuestos.

Fue ella la que desvió primero la mirada, con indiferencia. El continuó mirándola, de arriba abajo, evidentemente complacido. Luego, muy por lo bajo, masculló:

—¡Waooohhh…!

Después, escupió hacia el muelle, se frotó la nariz con una de las deformadas manazas, y acabó encendiendo un cigarrillo. Tras

encender el cigarrillo, miró a la rubia, frunció el ceño, y gruñó:

—¿Quién atiende aquí?

Lulu Pawling lo miró un instante.

—Un momento, por favor.

—Bueno, acabe ya con el chivo y dígame dónde me coloco.

Lulu miró con nuevo interés al ex boxeador. El hombre de la perilla canosa también lo miró, con cortés indiferencia. La chica de los cabellos color ceniza torció la boquita hacia un lado, con gesto despectivo bastante bien disimulado.

—Está bien —acabó por suspirar Lulu Pawling—. Le aseguro que los sarcófagos llegarán sin novedad, señor Lobewall. Pero no quiero discutir más.

—Siempre es conveniente que viaje un experto con estas cosas, señorita Pawling.

—Bien, bien… Ya le digo que no quiero discutir más. Pero podía habernos traído usted un experto masculino. Es menos complicado, en un barco.

—Sí, lo entiendo. Sin embargo, la señorita Bogart no les proporcionará molestias, estoy seguro, aparte, ella es una experta muy competente en el estudio y conservación de momias. Una vez en Colombia, ya entregadas las momias, ella regresará por cuenta del museo.

Le ruego que comprenda que nuestro interés consiste exclusivamente en que esos sarcófagos y sus contenidos lleguen en perfecto estado a Colombia. Lo que ocurra después ya no será cuenta nuestra, claro. Pero…

—De acuerdo. Yo misma me ocuparé de acomodar lo más confortablemente posible a la señorita Bogart.

—Muchas gracias. Bien… Bueno, ya saben que mientras la señorita Bogart esté al cuidado de las momias, usted no deberá preocuparse por ellas, todo irá bien. Y… eso es todo. Gracias por su comprensión, señorita Pawling. Comprenda que la responsabilidad de nuestro museo… Bueno, no les molesto más. Gracias y buen viaje, adiós, Netty.

Tendió la mano a la muchacha de los cabellos color ceniza, que la estrechó sonriendo dulcemente.

—Hasta la vista, señor Lobewall. Y no se preocupen por mí: estaré estupendamente. Y cuando regrese, espero traer algo de

Colombia.

El señor Lobewall asintió con la cabeza, dio unas palmaditas en la mano que todavía sostenía, y se decidió a abandonar el barco. La bella y rubia Lulu había dado instrucciones a un marino, que se hizo cargo del equipaje de Netty Bogart, desapareciendo con él.

Y, acto seguido, Lulu Pawling se encaró con el tipo de la cara rota a mamporros.

—¿Qué desea usted?

—¿Yo? Nada.

—¿Nada? Entonces, ¿qué hace aquí?

—Ah, eso no es cuenta mía.

Lulu Pawling parpadeó, desconcertada. Había estado hablando como a punto de marcharse ya con Netty Bogart, pero, ciertamente, el extraño caso merecía un mayor interés, de modo que prestó más atención al malcarado individuo.

—¿De quién es cuenta, en tal caso? —inquirió secamente.

—Pues de ustedes, ¿no? ¿Dónde está el idiota de Alan?

—¿Alan? ¿Qué Alan?

—Oiga, rubia, aquí hay alguien que no funciona bien —masculló el hombre de la nariz rota—. ¿Estoy o no estoy en el carguero *Tormenta*?

—Está en él. Pero no precisamos marinos.

—¡Qué marinos ni qué tonterías…! Yo no soy marino, guapa… Mire, si Alan no aparece pronto, nos haremos un lío, ¿*okay*? Así que llámelo, deje que nos entendamos los dos, y usted vaya a lavarse las axilas.

Lulu Pawling enrojeció, y Netty Bogart se mordió los labios.

—Le ruego que abandone el barco, señor.

—Mi nombre es Jer Peppard. Jer, de Jerome. Jerome Peppard, eso es. Bueno —se dio un golpetazo en la nariz con el pulgar derecho—. Me parece que he sido un poco grosero, ¿verdad?

—Muy grosero, señor Peppard.

—Lo siento. Vaya, es que me pongo nervioso cuando no me entienden. Mire, yo… En realidad, usted me parece una chica estupenda, y estoy seguro de que es de las que no necesitan que le hagan recomendaciones de higiene. ¿Me perdona, o qué?

Lulu Pawling volvió a parpadear, de nuevo desconcertada. Los penetrantes ojos negros de Jer Peppard estaban fijos en los suyos,

esperando la decisión de un modo tenso, expectante, casi anhelante. Lulu acabó por sonreír.

—¿A qué Alan busca usted, señor Peppard? —se interesó.

—¿A cuál va a ser? Alan Kester. ¿No está aquí?

—Señor Peppard, procure usted ordenar las ideas en su cabeza, y luego expóngalas. Tómese tiempo.

Peppard se pegó un puñetazo en los sesos, furiosamente.

—Usted sí que ha dado en el clavo, guapa. No sé que me pasa que, a veces, las ideas me bailan que da asco. Sé lo que tengo que decir, pero me hago un lío tremendo, algo así como un rompecabezas de esos formados con varias piezas. Supongamos que cada pieza tiene una palabra y que yo tengo que formar la frase… Mmm… Oh, sí, estoy contando lo del rompecabezas…

Lo he contado muchas veces, pero todavía me olvido en ocasiones de cómo se debe contar bien…

—No se preocupe.

—Pues me preocupo, hijita, me preocupo, porque no es bueno a mis treinta y cuatro años andar con la cabeza hecha un sonajero. Vamos a ver… Lo del rompecabezas, sí… ¡Oh, sí, lo recuerdo! Verá, supongamos que tenemos varias piezas y en cada una de ellas una palabra, que bien colocadas formarían, por ejemplo, la siguiente frase: «Papá es un gran tipo que sabe tratar bien a las mujeres bonitas con lindas piernas». ¿Capta la frase?

—¡La capto! —rió Lulu.

—Bueno, pues si yo tomo esas piezas con esas palabras, soy capaz de ponerlas por un orden parecido a éste: «Las lindas piernas de papá gran tipo mujeres es un tratar sabe bonitas que bien…». Bueno, algo así. ¿Usted me entiende?

—Le entiendo —sonrió de nuevo Lulu—. Será mejor que se tome su tiempo para ordenar la frase que necesita para hacerse entender, señor Peppard. Todavía dispone de una media hora antes de tener que desembarcar.

—¿Desembarcar? ¡Maldito cochino!

—¿A quién se refiere?

—¡Al puerco de Alan! Anoche me prometió que me daría algún trabajo en este barco…

—¿Vio usted anoche a Alan?

—Claro. Yo estaba en un asqueroso *snack* del Bronx, a ver si me

aceptaban como camarero, cuando él llegó a comprar unos bocadillos y algo de beber… ¡Ajá, eso fue! Entonces, lo vi, y le dije: «¡Alan, viejo marrano, me alegra que aún estés vivo!». Creo que fue algo así lo que le dije. Luego, le pedí unos cuantos dólares prestados, a ver si podía comprarme yo también unos bocadillos, y le dije que podríamos charlar de los viejos tiempos… Él me dijo que no tenía prisa… No. Fue al revés: él me dijo que tenía prisa, mucha prisa. Se hubiera marchado dejándome hecho un muerto de hambre si no le sujeto por las orejas. Le dije: «Gorrino, o me das unos cuantos pavos o te sigo hasta el fin del mundo diciendo que eres el peor amigo que alguien se pueda echar a la cara». Eso fue exactamente lo que le dije…

—¿Y qué dijo él?

—Me dio un montón de billetes pequeños. Por lo menos, treinta dólares. Cené como un pachá y dormí como un oso en invierno. Pero como además le dije que estaba buscando trabajo, y que él tenía que buscarme algo bueno, me largó con viento fresco diciéndome que lo viese hoy, a las nueve, en el *Tormenta*. Y aquí estoy. ¿O no?

—Sí, aquí está, señor Peppard.

—Llámeme Jer, puesto que vamos a viajar juntos. ¿O no?

—Sí. Eso parece. ¿Qué sabe usted hacer?

—Bueno… Soy capaz de romperle la cara a cualquiera. Eso es lo que mejor sé hacer. Pero ha de ser fuera de un *ring*. Resulta que los chicos que ahora suben al *ring*, pues… no se la dejan romper tan fácilmente.

—¿Es usted boxeador, Jer?

—Hasta el último mamporro. ¿No se nota?

—Se nota. Le diré lo que vamos a hacer: yo llevaré a la señorita a su camarote, y usted esperará aquí a que venga Alan, para entenderse con él. ¿De acuerdo?

—*Okay*. Veo que por fin nos hemos entendido. Oiga, no molestaré mucho en el barco, ya verá. Incluso puedo ahorrarles sitio en los dormitorios de los marinos.

—¿Sí? ¿De qué modo?

—Fácil. Usted me coloca una manta en el suelo del camarote de esta lechuza con lentes, y yo le hago compañía en mis horas libres, o sea, por la noche.

Netty Bogart enrojeció violentamente, y estuvo bien claro que fue la ira lo que le impidió hablar.

Más tranquila, casi sonriendo, Lulu se apresuró a arreglar el posible altercado:

—Espero que encontraremos otra solución, Jer. Hasta luego.

—Es claro que como las lechuzas permanecen toda la noche con los ojos abiertos, yo tampoco podría dormir, así que tendríamos que inventar algún juego la lechuza y yo.

—¡Grosero! —exclamó por fin Netty Bogart.

Y se alejó orgullosamente, seguida por Lulu Pawling, que parecía contener los deseos de echarse a reír.

Jerome Peppard quedó junto a la portilla de entrada. Tiró el cigarrillo al agua, se dio un golpe en la nariz con el pulgar, hizo un par de fintas con la cintura…, y encendió otro cigarrillo.

CAPÍTULO IV

Eran casi las nueve y media cuando la camioneta se detuvo en el muelle, delante mismo de la pasarela del *Tormenta*, girando de tal modo que su parte trasera quedó orientada hacia el barco.

Inmediatamente, dos hombres se apearon del vehículo, uno por cada lado de la cabina. Detrás del de la derecha, bajó otro hombre, más menudo, calvito, enclenque. Ni siquiera hacía falta ser un talento especial para comprender que estaba muy asustado, a pesar de eso, y de evidente mala gana, emprendió la subida por la pasarela, cruzándose con dos marinos fornidos que bajaban presurosamente hacia la camioneta.

Al llegar al portón de entrada, el hombre que seguía al calvo y enclenque lo señaló con un movimiento de barbilla.

—No quería venir, Lulu.

Lulu Pawling se quedó mirando, muy sonriente, a Reginald Trevor.

—¿No querías venir, Reggie? ¿Por qué?

—No… No es conveniente que yo esté en el barco… Puede ser muy peligroso, Lulu.

—¿Peligroso? Oh, vamos, vamos… Llevamos algunos meses dedicados a esto, y nunca hemos tenido ningún contratiempo. ¿Por qué íbamos a tenerlo ahora?

—No sé… Deben ser tontos temores míos… ¿Qué queréis?

—Solamente saber si todo fue bien en el almacén… ¿Hubo alguna dificultad en el cambio de las momias?

—No… Ninguna. Los muchachos llegaron con la camioneta alquilada, descargaron los sarcófagos, los metieron en el almacén, y fue fácil hacer el cambio.

—Supongo que tienes bien escondidas las auténticas momias,

Reggie.

—Oh, sí… ¡Sí, desde luego! Escucha una cosa, Lulu… Esto no me gusta… Me ha dado la impresión de que los muchachos que llevaban la camioneta me hacían subir a la fuerza… Yo no tenía por qué venir al *Tormenta*, mi trabajo ya estaba hecho…

—Lo sé, querido, lo sé. Pareces muy nervioso… Demasiado nervioso. ¿Estás seguro de que no ha habido ninguna dificultad?

—Sí… Yo… Sí, estoy seguro… Ninguna, desde luego. ¿Puedo marcharme ahora?

—Todavía no. Vamos a esperar que suban los sarcófagos. Valen mucho dinero, ¿no estás de acuerdo?

—Claro… Sí, valen mucho dinero.

—Sobre todo, las momias.

—Sí, las momias…

Jerome Peppard estaba sentado en la borda del barco, con las piernas colgando hacia fuera, con un cigarrillo en un lado de la boca. Los había escuchado con toda comodidad, pero estaba bien claro que no había acabado de entender la conversación.

—Oiga, rubia —dijo, tosiendo cómicamente debido al humo—, ¿todo esto es una broma?

—¿A qué se refiere?

—A eso de las momias. Primero, el chivo y usted hablaron de eso. Luego, la lechuza parece una nena capaz de cuidar de los muertos. Y ahora vuelven a hablar de momias. ¿Es una broma?

—No… No, Jer, no es una broma. Es solamente un juego. El juego de las momias.

—Ah…

—¿Lo ha entendido?

—¡Claro que no! ¡Nunca he jugado a las momias! ¿Cómo va todo ese tinglado? ¿Cuál es la apuesta?

—Muy alta. ¿No ha visto si Alan regresaba?

—No ha venido por aquí. Lo sé seguro, porque no me he movido de la borda ni un segundo. ¿A Alan le gustan las rubias o las morenas?

—Usted sabrá, que dice que es un viejo amigo.

—Bueno… En nuestros tiempos, a Alan le gustaban todas. Pero un hombre se acostumbra a seleccionar, tarde o temprano, a lo mejor, ahora le gustan solamente las rubias, las morenas, las

pelirrojas… o las teñidas. ¡Cualquiera sabe!

—¿Por qué dice eso?

—Porque si le gustan las rubias —dio un tironcito de los cabellos de Lulu—, es seguro que Alan está a punto de llegar. Pero si le ha dado ahora por las morenas…, ¿quién sabe? Seguramente se está retrasando por culpa de una de ellas.

—Alan debería estar ya aquí. —Lulu miró a Trevor—. ¿No le has visto, Reggie?

—¿A Alan? No… No le he visto.

Lulu Pawling no contestó. Estaba mirando hacia la camioneta. Ya habían sido descargados los dos sarcófagos, envueltos en sendas lonas. Cuatro marinos iban a hacerse cargo de uno de ellos, y otros cuatro del segundo sarcófago. Parecían pesar mucho.

Mientras los subían por la pasarela, Lulu hizo una seña a otro de los marinos del *Tormenta*, que acudió presurosamente. La rubia musitó unas palabras en su oído, y el marino se alejó a toda prisa, asintiendo con la cabeza. Se cruzó con Netty Bogart, que acudía a una marcha de carga hacia el portalón de entrada. Llegó cuando el primero de los sarcófagos era dejado en cubierta por los cuatro resoplantes marinos.

—¡Tengan cuidado! —exclamó iracunda—. ¡No están cargando patatas, sino objetos de arte! ¡Les ruego…!

—Oiga —masculló Jerome Peppard—. ¿No hemos quedado en que dentro de esas cajas hay muertos?

—¡Son momias egipcias! —replicó acremente la muchacha.

—Aaaahhh… Momias egipcias… Pero ¿están muertas o están vivas?

—Usted es un patán —deslizó fríamente Netty Bogart.

—Y usted es una cargante, nena. ¿Se apuesta a que de un tortazo le dejo los sesos en órbita normal?

—¡Déjeme en paz! ¡Haga el favor de ocuparse de sus asuntos!

Jerome Peppard parpadeó, como sorprendido en grado sumo.

—Vaya, demonios…, ahora sí ha dado usted en el clavo, lechuza. Cada cual debe ocuparse de sus asuntos, así que… ¡dale que dale con las momias, esperpento! ¡Y que no te muerdan!

Netty Bogart lanzó un resoplido muy poco delicado y se dedicó por entero a los sarcófagos. El otro había sido dejado también en cubierta, y la muchacha empezó a dar órdenes respecto a cómo

debían ser manejados en su camino final hacia la bodega del carguero. Lulu, Trevor y Peppard estuvieron mirándola como muy interesados en el asunto. Pero Trevor, además, se veía muy nervioso.

—Bien… Ya tienes las momias a bordo, Lulu. Me iré a…

—Espera, Reggie, querido. He pensado las cosas de un modo diferente.

—¿Di… diferente…?

—Sí. Este viaje vendrás con nosotros.

—¡No! —Palideció intensamente Reginald Trevor.

—¿Qué dices? —Frunció el ceño la rubia.

—Ha dicho que no —intervino Peppard—. Me parece que este pequeñajo le tiene miedo al mar. Y, a decir verdad, a mí tampoco me hace mucha gracia eso de navegar, rubia.

—Usted, puede irse, si quiere —dijo Lulu—. Pero mi querido Reggie y yo tenemos cosas de qué conversar durante una corta travesía, Adiós, Jer.

—Eh, eh, eh, un momento, rubia, un momento…, Alan me dijo que tenía algo bueno para mí en este barco, y si Alan lo dijo es que es cierto… ¿Lo entiende? No creo que se esté peor en el mar ganando dinero que en tierra pasando hambre, de modo que me quedo.

—Yo preferiría… —empezó Trevor.

—Tú también te quedas —dijo Lulu—. Y no hay más que hablar, Reggie. Vendrás con nosotros hasta cierto lugar, desde donde regresarás a Nueva York con nuevas instrucciones… ¿Qué te pasa? ¿Hay algo que no te parezca bien?

—Es que… preferiría quedarme…

—Pues no te quedarás. ¡Anselmo!

El capitán del *Tormenta*, Anselmo Corrales, se acercó al grupo, perezosamente. Estaba bien claro que había asuntos en los que él no quería intervenir. ¿Para qué? Él sabía llevar un barco, navegar en una palangana, y orientarse sólo con el humo de un cigarrillo. Pero las demás cosas, sobre las cuales hacía la vista gorda, le tenían por completo sin cuidado. Era un tipo alto, gordo, bonachón y socarrón, de diminutos ojos color café y un gran bigote de retorcidas guías. Llevaba un jersey a rayas, un chaquetón, pantalones de lona y una pipa. Ése era Anselmo Corrales.

—¿Qué hay? —farfulló desganadamente.

—Llévate a Trevor abajo. Este viaje vendrá con nosotros. Eso es todo, Anselmo.

—Lo entiendo.

Reginald Trevor retrocedió un par de pasos, temblando. Sus ojos miraban desorbitadamente al gigantesco capitán del *Fermenta*, que se acercaba a él como dormido, pero tendiendo una zarpa hacia su cuello.

De pronto, el enclenque traidor a la organización lanzó un grito, dio media vuelta e intentó correr pasarela abajo, evidentemente dispuesto a desembarcar por iniciativa muy personal… Una de las manazas de Jerome Peppard, sin embargo, le atrapó por el cuello de la chaqueta, frenándolo en seco y obligándolo acto seguido a dar media vuelta.

—Oiga, pequeño, si la rubia dice…

—¡Suélteme! —chilló Trevor—. ¡Suélteme, maldito…!

Lanzó un par de golpes contra el rostro de Peppard, acertándole en la nariz y en la boca. El ex boxeador quedó estupefacto. Y no por el efecto de los golpes, desde luego; en realidad, ambos golpes produjeron la impresión de una hormiga queriendo derribar a puñetazos un rinoceronte feo y torvo. Hasta el más tonto de los tontos del mundo habría comprendido que aquellos dos golpes ni siquiera habían sido notados por la durísima cara de Jerome Peppard.

Pero una cosa eran los golpes físicos y otra cosa era el efecto moral de esos golpes.

—Amiguito —masculló Peppard, torciendo la boca—, eso no se lo tolero yo ni a mi abuela, que fue quien mejor me trató en este cochino mundo, de manera que…

Lo levantó a pulso con la mano derecha. Con la izquierda, le atizó un directo corto al estómago y sin perder el ritmo echó la mano hacia atrás, para lanzarla ahora contra la nariz de Trevor, que reventó como un tomate; los efectos fueron aparatosos y contundentes: Reginald Trevor quedó colgando de una de aquellas manazas de dedos nudosos y retorcidos.

Y otra vez quedó Peppard estupefacto, mirando a Lulu.

—Caray… ¿Qué hago con «esto»? ¿Lo tiro al agua o a la bodega?

—Llévatelo a un camarote, Anselmo —sonrió Lulu Pawling.

Peppard continuaba mirando al pobre Trevor como si fuese una araña con patines, lleno de curiosidad, sosteniéndolo todavía con la mano derecha, en alto, aún no lo había entregado al capitán del *Tormenta* cuando Netty Bogart apareció de nuevo, con la boca abierta, sin duda dispuesta a hacer un comentario… muy diferente al que expresó al ver la escena.

Un comentario que le costó un esfuerzo y que sólo brotó cuando Peppard, tras haber entregado al dormido.

Reginald Trevor, se frotaba las manos como quitándose el polvo.

—Usted… ¡Usted es un matón!

—Váyase al cuerno —rezongó Peppard.

—Señorita Pawling —exigió con aguda voz la rubia color ceniza —: le suplico que no acepte a este… este hombre o lo que sea, en el barco.

—Oiga, lechuza —gritó Peppard—, ¿qué es eso de «o lo que sea»? ¿Tan cegata es usted que no puede ver que soy un hombre? ¿Eh? ¿Eh? ¡Hable, lechuza!

Netty Bogart dio media vuelta y se alejó furiosamente. Lulu la miró un par de segundos. Luego, se volvió hacia Peppard, pensativa, vacilante…

—Mire, Jer, sus modales…

—La radio, Lulu.

El marino con el cual había estado cuchicheando antes la rubia se había plantado ante ella, tendiéndole una radio de mano del tamaño de media caja de zapatos. Lulu Pawling manipuló en ella, mientras miraba cómo los hombres que habían llegado en la camioneta cargada con las momias se alejaban en el vehículo, hacia un estrecho *parking* donde deberían dejarlo, para que fuese recogido por los propietarios de la *rent-a-car*.

—Alan… —musitó—. ¿Me estás oyendo, Alan?

No hubo respuesta. Maniobró varias veces, movió las clavijas en ambos sentidos, e insistió:

—Alan, soy Lulu. Te estamos esperando… ¿Puedes oírme?

—Lulu, marchaos —se oyó el jadeo de Alan Kester—. No me esperéis…

—¿Qué ocurre? —Palideció Lulu—. ¿Por qué no vienes?

—Imposible… Ya te explicaré… No insistas en llamarme… Marchaos inmediatamente sin mí. Ya nos ve remos.

—Alan, ¿por qué hablas en ese tono tan bajo? ¿Dónde estás?

—¡Te digo que os marchéis! Todo va bien… Pero irá mal si no os marcháis. Hazlo todo como si yo estuviese a bordo, Lulu. Eso es todo.

—Pero no entiendo…, Alan, tengo aquí a un tipo que dice ser un viejo amigo tuyo… Jerome Peppard, se llama. ¿Quién es él?

—Un boxeador fracasado. Un tipo capaz de todo, ahora trabajaba de camarero… Lo vi anoche. Llévatelo, puede serte útil. Es un asesino, Lulu.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas ayuda?

—¡No! ¡Marchaos ahora mismo! Nos veremos donde ya sabes… Eso es todo.

—Pero no podrás llegar…

—Iré por otro sistema, por otro medio de viaje… Hasta la vista, Lulu. Saludos al jefe.

La comunicación quedó cortada. Lulu cerró su radio, lentamente, profundamente reflexiva. Cuando alzó la cabeza, vio fijos en ella los ojos de Jerome Peppard. Y ahora, aquellos ojos que parecían de tonto tenían una dura y fría expresión. No cabía duda de que había oído la conversación por la radio, porque comentó, secamente:

—Parece que Alan no tiene buena opinión de mí, ¿verdad, rubia?

Lulu Pawling sonrió tenuemente.

—Por el contrario, Jer —musitó—, la opinión de Alan sobre usted es estupenda. Véame abajo dentro de diez minutos… Tengo que ir a decirle a Anselmo que salimos inmediatamente de Nueva York.

—¿Con los pajarracos?

—¿Pajarracos? ¿Qué pajarracos?

—Bueno, me refiero a esos tipos que han subido a bordo de uno en uno mientras yo esperaba aquí. Gente de esa que huele a dinero y a comodidades, lujos, vicios caros… Cosas así. Me parece que han subido cuatro de esos tipos.

—Esos tipos, Jer, no están a bordo.

—¿No están a bordo? Oiga, rubia, yo he visto. —Peppard se puso a parpadear furiosamente; se dio un golpe en la nariz con el pulgar y luego asintió con la cabeza, encogiendo los hombros—.

Seguro: no están a bordo.

—Empezamos a entendernos, Jer. Búsqueme abajo dentro de unos minutos.

—*Okay*, rubia.

CAPÍTULO V

Los cuatro «pajarracos» estaban sentados distribuidos en el camarote del capitán del *Tormenta*. En efecto, eran hombres cuyo aspecto no podía sugerir más claramente un sólido bienestar económico, seguridad personal y social. Dos de ellos debían tener muy poco más de treinta y cinco años. Los otros dos rebasaban los cincuenta. Pero en los cuatro había el mismo gesto altanero, de gran seguridad en sí mismos. Y también los cuatro parecían un poco irritados, mirando fijamente a Lulu Pawling, esperando una explicación definitivamente convincente.

Ella acabó de encender el cigarrillo y se acercó al ojo de buey, expeliendo lentamente el humo. Estuvo unos segundos mirando al mar azul, notando visualmente la velocidad de la marcha del *Tormenta.*

Por fin, se volvió hacia los cuatro hombres.

—Caballeros, esto es una emergencia. Reginald Trevor, uno de nuestros hombres residentes en Nueva York para trabajos locales, nos ha traicionado. Como consecuencia, el FBI está detrás de nosotros.

Los cuatro rostros palidecieron a la vez. Fue como un gran brochazo de blanca pintura que los hubiese alcanzado a todos con una sola pasada.

—¿El FBI? —musitó el que parecía mayor de todos.

—Así es, Vance. Ni más ni menos que el FBI. Está claro que debió andar hace tiempo detrás del asunto de las desapariciones de diplomáticos extranjeros. Finalmente, según entiendo, consiguieron localizar a Trevor, lo acorralaron, lo asustaron… Hasta el punto de que fue el propio Trevor quien fue a ofrecer su ayuda al FBI. Consecuencia de esa ayuda, de esa traición, es que en estos

momentos el FBI sabe bastante sobre mí, sobre Alan Kester, sobré el *Tormenta*… Y ya ha deducido, por cierto con gran exactitud, todo nuestro sistema de trabajo y nuestros propósitos: rapto de diplomáticos, que son llevados adonde está el jefe, torturados, obligados a confesar muchas cosas de su país y su embajada… El FBI ha deducido, incluso, que esos informes los vendemos en ciertos mercados de espionaje internacional.

Hubo un cambio de miradas entre los cuatro hombres.

—¿Nos conocen a nosotros? —jadeó el segundo en edad.

—Por el momento, creo que no, Lamarr…, aunque tratándose del FBI nunca se puede estar muy seguro de lo que saben o no saben, de lo que piensan o no piensan hacer… ¿Qué dirían que han ideado para aniquilarnos radicalmente a todos?

—¿Qué…? —exclamó Vance.

—Jugar a las momias.

—¿Jugar a las…?

—De eso hablaremos más adelante. Ocupémonos ahora de dejar bien claras las cosas. Ustedes son nuestros cuatro hombres de confianza en Nueva York… Están bien introducidos en la vida social, diplomática, económica… Hasta el momento, gracias a sus informes, hemos ido sabiendo qué personajes diplomáticos merecían un especial interés para nuestra organización. Y precisamente ésos personajes diplomáticos han sido los que hemos raptado, trasladado adonde está el jefe, torturados, y, una vez sabido lo que queríamos, han sido asesinados; inmediatamente, los informes obtenidos los hemos vendido a muy buenos precios. Igual que ustedes tenemos varios hombres más, en Washington, muy bien introducidos en la esfera política…, diplomática de la capital. También gracias a los informes de ellos hemos hecho un par de buenos trabajos. Lamentablemente, todo esto ha sido… echado por tierra.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No sé, Vance, de momento, considero que lo más importante es ponerse a salvo… ¿Dígame, Holder?

Otro de los jóvenes había alzado la mano. Musitó, al ser autorizado a hablar:

—Yo creo que el FBI no nos conoce a nosotros, Lulu. ¿Por qué huir?

—El FBI, mucho mejor que cualquiera, es capaz de llegar al ovillo tirando del hilo, Holder. Yo he pensado que no convenía dejarlos a ustedes atrás.

—¿Estaba vigilado el *Tormenta*?

—Desde luego —sonrió Lulu.

—¡Pero entonces el FBI nos conoce ahora, ya nos ha visto, habrá sacado sus propias conclusiones…!

—Es de suponer, Grovers.

—¡Nos cortarán el paso antes de que consigamos…!

—Calma… Todos mucha calma, caballeros. El FBI no nos va a cortar el paso en ningún momento. Ni siquiera nos molestarán cuando recojamos a ciertos caballeros que han estado operando en Washington, y que ya han recibido un mensaje por radio respecto al lugar donde serán recogidos por el *Tormenta*. La finalidad de todo esto es sacarlos a ustedes del país. Serán dejados en Colombia.

—¿Qué haremos nosotros en Colombia? —masculló Vance.

—El jefe pensará algo. Pero comprenda que no podíamos dejarlos en la estacada. Si yo no me hubiese preocupado por ustedes, si en estos momentos no estuvieran a bordo del *Tormenta*, es seguro que el FBI ya los habría detenido. ¿Pueden comprenderlo? Solamente el hecho de que el FBI confía en que les llevaremos hasta el jefe mantiene libre ruta para el *Tormenta*. Pues bien: ya que el FBI ha ordenado que dejen libre paso al carguero *Tormenta*, nosotros navegaremos hasta Colombia. Mientras tanto, y una vez recogidos también nuestros colaboradores de Washington, el jefe irá pensando el mejor modo de acomodarlos a todos en futuros y lucrativos destinos. En definitiva: el FBI quedará con un palmo de narices mientras cree tenernos vigilados.

—Pero no podremos volver a Nueva York —farfulló Vance.

—Es libre de hacerlo, Vance. Pero espero que nos disculpe a los demás si no asistimos a su ejecución a la silla eléctrica.

Se oyeron un par de risitas nerviosas. Vance frunció el ceño, un poco pálido, y dio la impresión de que no estaba dispuesto a hacer más comentarios.

Pero Lamarr sí hizo una pregunta, tras alzar una mano.

—¿Cómo podemos saber que el FBI ordenará libre ruta para el *Tormenta*?

—Porque está convencido de que dos de sus hombres están a

bordo de este barco, y que pasarán aviso cuándo tengan a su alcance a nuestro jefe. Mientras tanto, nos dejarán hacer lo que queramos: recoger personal, navegar hacia el sur, hacer escalas… Son muy complacientes. Pero cuando quieran darse cuenta no sólo no podrán ya saber quién es nuestro jefe, ni detenerlo, lógicamente, sino que además estaremos ya en el Caribe, fuera de su alcance jurisdiccional. En suma: por su afán de atraparnos absolutamente a todos, el FBI no habrá atrapado a nadie.

—La jugada es clara, según parece —murmuró Holder—. ¿Qué es eso de los dos federales que viajan en el barco?

—Una gran verdad —sonrió Lulu—. Ellos y nosotros estamos jugando al juego de las momias. Sólo que cada uno lo jugamos a nuestra manera, de tal modo que el FBI jamás volverá a tener noticias de esos dos agentes tan…, audaces y astutos.

Hubo un nuevo Cambio de miradas entre Holder, Vance, Grovers y Lamarr.

—Me parece que ninguno hemos entendido muy bien eso del juego de las momias —deslizó Grovers.

—Lo sabrán pronto, ya que pienso explicárselo a ustedes mientras nos dirigimos a la bodega de carga. En realidad, dos agentes del FBI, más que el muerto, están haciendo el payaso, y nosotros… Perdonen.

Fue a la puerta del camarote, donde habían sonado unos golpecitos de llamada. Lulu se quedó mirando con difícil cortesía a la encristalada Netty Bogart, cuyos ojos bellísimos echaban chispas detrás de los lentes.

—¡Señorita Pawling! —exclamó—. ¡Estoy intentando examinar cómo han quedado colocadas las momias para el viaje por mar, pero resulta que los sarcófagos están cerrados, y sus hombres no quieren entregarme las llaves de las cadenas y candados que…!

—Cálmese, señorita Bogart —sonrió sarcásticamente Lulu—. No hay nada que no pueda arreglarse. ¿Tiene la bondad de esperarme en la bodega? Enseguida me reúno con usted…, y con las momias, claro.

—Las llaves para…

—Las llevaré. No tardo ni cinco minutos.

—Bien… Perdone que la haya molestado, pero mi trabajo consiste en vigilar que las momias viajen adecuadamente.

—No tiene importancia. Hasta ahora. Jer, venga aquí.

Jerome Peppard, que había estado esperando pacientemente en el pasillo, dejó caer el cigarrillo de la boca por el simple y comodísimo procedimiento de abrirla, a lo mejor fue de pasmo por la belleza de Netty Bogart, que pasó por su lado con mucho balanceo de caderas, bien alzados orgullosamente los lentes.

Pero el pasmo, la admiración de Peppard, no duró, demasiado, ya que no tuvo tiempo de pasar a la ofensiva, a la acción directa. Cuando Netty Bogart pasaba por su lado, ignorándolo altivamente, una de las manazas de Peppard se movió velozmente, dando una palmada sonorísima en la nalga derecha de la muchacha, que lanzó un gritito, saltó, se volvió y se quedó mirando a Peppard, roja de ira, balbuciendo, tartamudeando un insulto que era imposible entender.

—Buen asiento, lechuza —sonrió Jer Peppard.

—¡Sinvergüenza!

—¡Bah! —Peppard le volvió la espalda, encarándose con Lulu Pawling—. ¿Quería algo, rubia? Estaba esperando. Como me dijo…

—Sé lo que le dije, Jer. Vaya a decirle al capitán Corrales que quiero a Reginald Trevor junto a las momias dentro de un par de minutos. Y usted también deberá estar allí.

—A la orden, rubia.

—Llámeme Lulu, eso es todo. ¿Recuerda el recado para el capitán?

—Seguro: que las momias lo lleven a él a la bodega, junto a un par de minutos, dentro de Reginald Trevor. Y que yo deberé estar lejos de allí… ¿Correcto?

Lulu Pawling sonrió, divertida.

—Más o menos, así es, Jer. Usted lo ha explicado a su manera, pero yo le he entendido. Espero que también lo entienda el capitán.

—Lo entenderá. Hasta ahora…, Lulu.

Dio media vuelta.

¡PLAF!

Fue una bofetada de concurso, de campeonato, ganadora del primer premio. Netty Bogart no se había resignado a marcharse de allí tras ser palmeada en las nalgas, y había esperado pacientemente, dominando su ira. Y cuando Jer Peppard se volvió, le atizó la más sonora y perfecta bofetada de su vida, en plena

mejilla izquierda. Fue un trastazo tremendo, asombrosamente fuerte viniendo de aquella manita de cuidadora de momias… Pero la cabeza de Jer Peppard casi ni se movió. Eso sí: se quedó con la bofetada, ya para siempre. Pero lo hizo con gallardía, sin inmutarse, sin pestañear apenas. En realidad, fue como darle un tortazo a una piedra.

—Siempre lo he dicho —gruñó, impávido—: las mujeres son más rencorosas que un pulpo atrapado en un arpón… Hasta la vista, lechuza.

Y se alejó por el pasillo, tirando al aire un cigarrillo, intentando cogerlo al vuelo con su bocaza…

Lulu Pawling optó por cerrar la puerta del camarote, riendo.

—¿Quién es ese matasiete? —Gruñó Vance—. ¿Nuevo?

—Muy nuevo. Parece que anoche vio a Alan, que eran amigos de hace tiempo…

—Por cierto, ¿dónde están Alan?

—No sé… Presiento que algo no va bien. Y quizá esté relacionado con ese Jer Peppard, que dice que viene de su parte… Por eso le he dicho que él también esté en la bodega, Alan me dijo hace unos minutos, por la radio, que Peppard es de confianza, un asesino…

—Si Alan lo dijo, debe ser cierto.

—Seguramente. Pero no me gusta la ausencia de Alan. Tampoco acaba de gustarme la presencia de Jerome Peppard. Es demasiado… simpático, en el fondo.

—Será muy en el fondo —rió Holder.

—Las mujeres entendemos de esas cosas, Holder. Peppard es un tipo simpático, de eso no hay duda.

—Pero ¿dudas que sea de los nuestros? ¿Dudas que venga de parte de Alan, o dudas que sea un asesino?

—Bueno… Parece que no hay dudas respecto a que Alan lo envió al *Tormenta*. Pero, eso de que Jerome Peppard es un asesino, creo que… tendrá que demostrarlo él mismo. Si sale bien de la prueba, quedará definitivamente admitido en el *Tormenta*. Si no…

La amenaza quedó clarísimamente flotando en el ambiente.

CAPÍTULO VI

Se encontraron todos en la bodega de carga.

Allí estaba esperando, todavía roja de ira, la señorita Bogart, con los hermosos ojos lanzando furibundos destellos tras los lentes. Y Peppard, sentado en un cajón, con un cigarrillo ya casi consumido y apagado en los labios. Y el capitán del *Tormenta*, Anselmo Corrales, con dos marinos, que sujetaban desganadamente al asustadísimo Reginald Trevor.

Y las momias, claro.

Habían sido colocadas verticalmente, de acuerdo a las instrucciones de Netty Bogart. Por supuesto, los sarcófagos continuaban cerrados, de acuerdo a las órdenes que había dado con anterioridad Lulu Pawling. No cerrados normalmente, sino además rodeados con una doble vuelta de fina cadena, que se cerraba por medio de un candado. Era poco probable que una momia de unos cuantos miles de años pudiera salir de allí dentro… Y la misma imposibilidad rezaba para cualquier hombre, aunque estuviese vivo y tuviera solamente treinta años, y fuese fuerte y ágil…

—¿Vamos a abrir los sarcófagos, señorita Pawling? —inquirió Netty Bogart.

—Así es, señorita Bogart. Muy pronto. Pero, antes, permítanos que resolvamos un asunto interior del *Tormenta*. ¿Le importa?

—No… No, desde luego.

Netty miraba con curiosidad a los cuatro acompañantes de la Pawling. Parecían unos caballeros, y eso, evidentemente, la tranquilizó mucho, la compensó de la presencia de Jer Peppard, que de cuando en cuando la miraba de arriba abajo, y parecía relamerse, pensando cualquiera sabía qué cosas. O quizá sí eran fáciles de saber, de adivinar los pensamientos de Peppard. Quizá.

—Bien, Reggie —musitó Lulu—. Parece que no has tenido mucha suerte, ¿verdad?

—Lulu, no comprendo esto —murmuró Trevor, que tenía la nariz como hundida en la cara, y toda ésta llena de sangre ya seca —. Esto no es normal en nuestro trabajo. Yo debería quedarme en Nueva York…

—Ya se quedan los otros: Hocking, Chesney, Alder, Brown… ¿No te parecen suficientes?

—Pero quizá me necesiten…

—No, no. Durante algún tiempo no haremos ningún trabajo en Nueva York, de modo que ellos podrán descansar. Todos vamos a descansar durante un tiempo, aunque… Bueno, Reggie, tú vas a ser quien más completamente vas a descansar… Y durante más tiempo, desde luego. Igual que Chesney, Alder, Hocking y Brown. Exactamente igual que ellos, querido Reggie. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—No… ¡No!

Trevor estaba lívido de miedo. Y su rostro se desencajó completamente cuando apareció la pistola en la mano de Lulu Pawling para ser apuntada directa, fríamente, a su pecho.

—Yo creo que sí lo sabes, Reggie.

—¡Te juro…!

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué nos traicionaste anoche, Reggie?

—¡No es cierto, no es cierto…! ¡Yo no…!

—Te has portado como una rata. Y sigues portándote de ese modo asqueroso. ¿Quieres que te diga algo? Pues bien, ahí va: escuchamos todo lo que hablaste con los del FBI. Y por eso, Reggie, estoy con vencidísima de que nos has traicionado, y de que mereces la muerte.

—¡No! ¡Lulu, espera, puedo ayudaros todavía…!

Plop. Plop. Plop.

Fueron tres disparos silenciosos, espaciados, perfectos en su trayectoria y destino. La primera bala alcanzó a Reginald Trevor en el vientre, y el hombrecillo se encogió, mirando con expresión angustiada a Lulu Pawling, que de nuevo estaba apretando el gatillo. La segunda bala alcanzó a Trevor en el centro del pecho, y lo tiró de espaldas, fuertemente. Dio una extraña vuelta y quedó como sentado, apoyado en una pila de cajas. La tercera bala acertó

dé lleno en el corazón, y Reginald Trevor, efectivamente, partió hacia un larguísimo descanso completo.

Quedó sentado, con la cabeza caída sobre el pecho, como mirándose los manchurrones de sangre que ya aparecían en sus ropas. Pero alguien mereció más que él la atención de los presentes: Netty Bogart. La muchacha había retrocedido varios pasos, completamente pálida, y se sujetaba a una caja como a punto de caer. Se veían sus ojos desorbitados, y el temblor de sus piernas se notaba con toda claridad.

—Dios —se oyó también el castañeteo de sus dientes—. Dios mío… Dios mío…

Pareció relajarse de pronto, y cayó de bruces sobre una de las cajas, sollozando histéricamente. Peppard la miró como muy sorprendido.

—Vaya… ¿No es ésta la chica que trata con muertos? Creo que nunca entenderé bien a las mujeres. Si le gustan las momias, deberían gustarle los muertos fresquitos. ¿O no?

—Déjela, Jer —sonrió secamente Lulu—. La señorita Bogart ya ha tenido muy mala suerte siendo destinada a este viaje para que encima la molestemos con ironías. ¿Usted no está… impresionado?

—¿Por qué motivo? —se asombró Peppard.

—Por lo que ha visto. Tiene ante usted un cadáver un hombre recién asesinado… ¿Eso no le impresiona?

—¿Se refiere a su amigo Reggie?

—Naturalmente.

—Ah… ¿Por qué había de impresionarme? Si era amigo de usted, y usted lo ha matado, ya se las arreglarán los dos. Bueno, no creo que el pobre Reggie pueda pedirle cuentas, ¿verdad? De todos modos, no es asunto mío.

Aparte de Lulu Pawling, ciertamente, el menos impresionado allí era Jer Peppard. Los cuatro «pajarracos», como él los había llamado, estaban relativamente impresionados, un poco asustados. El capitán del *Tormenta* y los dos marinos, un poco menos, pero era evidente que su indiferencia no tenía comparación con la de Peppard. Ni su indiferencia ni aquella frialdad de que estaba haciendo alarde el ex púgil.

—Cierto… Eso no era asunto suyo, Jer. Pero quizá encuentre algo para que lo convierta en asunto suyo.

—¿Cómo qué?

—¿Sabe disparar?

Un destello irónico pasó fugazmente por los ojos de Jer Peppard.

—Un poco.

—¿Le importaría demostrármelo?

—No veo para qué. Pero tampoco se me ocurre porqué tengo que negarle ese capricho a una chica tan simpática como usted, Lulu, linda rubia. Dígame, ¿es una prueba para decidir si me quedo con ustedes… o me envían al fondo del mar con Reggie?

—Algo así, Jer. ¿Acepta?

—Claro. Y me alegra comprobar que el cochino de Alan no me engañó… Quiero decir que, por fuerza, ustedes tienen que pagar muy bien a sus empleados… especiales. ¿No?

Lulu asintió con la cabeza. Encontró un trozo de tiza de la que se utilizaba para marcar fardos de mercancías y cajas, y se acercó a los sarcófagos. En cada uno de ellos, a la altura del pecho, marcó un círculo, donde muy bien pudiera estar el corazón de una persona metida en el sarcófago; un círculo no mayor que una naranja de buen tamaño.

Luego, Lulu se acercó a Peppard, y le tendió la pistola.

—Quedan seis balas, Jer. Quiero tres en cada círculo. Es decir, que va a demostrar si es capaz de disparar con aceptable puntería. Supóngase que los sarcófagos son hombres, y que, claro, esos círculos son sus corazones respectivos. ¿Lo entiende?

—Claro. Es como tirar al blanco contra una silueta.

—Exactamente. Muy bien: tres balas en cada corazón, Jer. Si en cada corazón consigue meter tan sólo una, quedará admitido.

—¿Con qué suelda?

—No lo decido yo.

—Le hago una apuesta, Lulu. Si la decepciono, me tiran al mar, por idiota. Si la asombro, me pagarán mil a la semana.

—¿Asombrarme? No comprendo.

—Si mi puntería la asombra, usted me garantiza mil dólares a la semana. Pero no me engañe… Si de verdad queda admirada, no venga luego con el cuento de que no ha sido así.

—Entiendo —rió Lulu—. Pero no esperará asombrarme sólo por meter las tres balas en cada círculo. No es tan difícil, creo yo.

—Pues lo haremos más difícil.

Jer Peppard fue hacia los sarcófagos, la pistola en la mano izquierda y un trozo de tiza en la derecha. Dentro de cada círculo marcado por Lulu Pawling, él marcó tres puntitos que formaban un perfecto triángulo, separados unos de otros por una pulgada. Todos estaban muy interesados en sus manejos, silenciosos. Netty Bogart lo miraba como hipnotizada, aterrada hasta el punto de que ni siquiera tenía fuerzas para protestar por la salvajada de utilizar un sarcófago de muchos años atrás como diana. O quizá pensaba que, después de haber sido utilizado un hombre vivo, lo de los sarcófagos ya no tenía importancia…

Peppard volvió junto a Lulu, pero aún retrocedió tres pasos más. Examinó brevemente la pistola, buscando algún pequeño defecto de calibre, y de pronto, efectuó el primer disparo, al que siguieron velocísimamente los otros cinco.

Finalizado el concurso, entregó la pistola a Lulu, y se decidió a encender un cigarrillo. Lulu fue la primera en abalanzarse hacia los sarcófagos, seguida por todos los presentes, excepto por el propio Peppard y la aterrada, casi desmayada Netty Bogart.

Las exclamaciones se sucedieron a cada examen de los disparos efectuados por el ex púgil. Por fin, el apático capitán del *Tormenta* tuvo que murmurar, estupefacto:

—Es increíble… ¡Ha metido cada bala en uno de los puntos marcados…! Y parecía que ni siquiera apuntaba…

Peppard miraba a Lulu irónicamente, ya con el cigarrillo colgado de los labios.

—¿Y bien, Lulu?

—Mil a la semana —sonrió ella—, de acuerdo, Jer.

Peppard chascó los dedos alegremente.

—Al demonio… Por fin encuentro algo que vale la pena. Y ha sido fácil ganar el puesto.

—No tan fácil. En realidad, Jer, nos ha prestado ya su primer servicio como…, apaciguador.

Jerome Peppard no entendía, eso era evidente. Se quedó mirando a la bella rubia con el ceño fruncido. Pero cuando ésta hizo una seña, y los marinos se acercaron a los sarcófagos, los miró a ellos, con gran atención, como si temiese que por el más pequeño descuido pudiera perderse aquel detalle aclaratorio.

Los marinos quitaron los candados que sujetaban las cadenas, y

dejaron caer éstas al suelo. Siempre siguiendo las instrucciones que la Pawling daba por señas, abrieron a la vez los dos sarcófagos, rápidamente…

El más estupefacto de todos fue, ciertamente, Jer Peppard. Se quedó mirando, atónito, las momias envueltas en blancos vendajes, que habrían caído hacia adelante de no ser sujetadas por los hombros por los marinos del *Tormenta*. Pero el hecho de que dentro de un sarcófago haya una momia no resulta sorprendente para nadie. Lo que sí es en verdad sorprendente es que unas momias de tres mil años tengan todavía sangre fresca en su cuerpo.

Y aquellas momias tenían sangre. Era indiscutible. Las dos quedaron inclinadas hacia delante, sujetas por los marinos, mostrando el rojo líquido que iba empapando las vendas sorprendentemente nuevas y blancas.

La primera en reaccionar fue Netty Bogart, que lanzó un grito agudo y, por fin, se desmayó, desplomándose al suelo sin que nadie le hiciera el menor caso.

El segundo en reaccionar fue Jer Peppard, que frunció hoscamente el ceño, mirando ahora a la rubia asesina.

—¿Qué juego es éste? —masculló.

—El de las momias —sonrió ella—, ahí tiene a dos hombres que hace un minuto estaban vivos, Jer. Usted los ha matado. Espero que el FBI no le encuentre, a partir de este momento.

—¿El FBI? —musitó Peppard.

—Nuestras simpáticas momias —señaló Lulu con un dedito, sonriendo fríamente—, eran dos agentes del FBI, vivos, naturalmente, que querían ser demasiado listos. Cerrad los sarcófagos… ¿Qué le ocurre, Jer? ¿Está asustado?

—Bueno… Esto ha sido una cochinada, Lulu.

—Lo admito.

Peppard movió un dedo circularmente, abarcando a todos los presentes.

—El FBI es mucho hueso para tan pocos perros, me parece. Después de esto, nos alcanzarán… ¿O no?

—Pues no —sonrió de nuevo la rubia—. No, porque ellos están convencidos de que nosotros no sabemos su truco de las momias, y creen que cuando lleguemos a nuestro primer destino lo tendrán todo solucionado. Pero, ciertamente, estos hombres no podrán

enviar ningún mensaje al FBI. Eso quiere decir que mientras el FBI espera pacientemente, nosotros nos escaparemos.

—No entiendo mucho todo este asunto, la verdad, Lulu.

—Ya se lo iré explicando, de momento, vamos escapando, con el beneplácito del FBI, que esperará en vano noticias de sus dos… momias, que ahora lo son de verdad. Encargaos de la señorita Bogart.

Los dos marinos habían cerrado los sarcófagos por el simple procedimiento de ajustar las tapas. Ciertamente, ya no valía la pena de colocar cadenas. Los sarcófagos quedaron un poco inclinados hacia atrás, bien apoyados, conteniendo las dos vendadas momias, de las cuales no se veía ni siquiera la nariz.

—¿Le importa que lo haga yo? —dijo Peppard.

—¿El qué?

—Cuidarme de la lechuza. ¿Qué parte tiene ella en todo este lío?

—Ninguno, pobrecilla. Es una empleada del Museo Central de Nueva York, que ha sido destinada a acompañar a las momias durante el viaje, para que no se estropeen, y cosas así.

—Por todos los demonios… Pero ¿no dice que las momias eran dos tipos vivos?

—Eso no lo sabían los del museo, Jer. Luego se lo explicaré.

—Está bien. Pero quedamos en que esta chica no tiene nada que ver en el asunto. O sea, que… está en un aprieto, ¿no es así?

—Temo que sí, Jer, de momento la dejaremos viva, pero desdichadamente la señorita Bogart no podrá terminar el viaje con vida.

—Entiendo… Bueno, se me ocurre que, puesto que tendrá que morir, yo podía enseñarle antes algunas cosas…, de la vida. Procuraré ser amable con ella.

Lulu Pawling frunció el ceño, pero optó por no decir nada. Jer Peppard alzó a la muchacha como si fuese un cigarrillo en cuanto a peso y un saco en cuanto a forma, pues se la echó sobre un hombro sin miramiento alguno, rudamente.

—No quiero complicaciones a bordo, Jer —dijo secamente Lulu.

—No las habrá. La lechuza y yo nos entenderemos bien…, a ella le conviene más que a mí. Le haré comprender que hay que ser amable y calladita con el viejo Jer Peppard.

CAPÍTULO VII

Lo primero que vio Netty Bogart al volver en sí de su desmayo, fue la torva cara de Jerome Peppard, que estaba inclinado sobre ella. La muchacha cerró inmediatamente los ojos, con el sobresalto de quien teme estar sufriendo una pesadilla.

Algo se despegó de su frente, oyó ruido de agua y luego la humedad fue más fresca, reconfortante. O estaba soñando, o el horrible Peppard se dedicaba a ponerle paños mojados en la frente… Volvió a abrir los ojos, con la esperanza de que la primera visión hubiera sido fruto de su obsesión por aquel espeluznante ex boxeador.

—Hola —sonrió irónicamente Peppard—. ¿Sabe que está más guapa sin lentes, lechuza? A decir verdad, incluso con lentes está usted que lira de espaldas. Pero sin lentes…

Chascó la lengua con clarísima aprobación. Luego le dio una palmadita en un muslo, sin dejar de sonreír.

—¡Apártese de mí! —aulló Netty, incorporándose vivamente.

Se quedaron mirándose, los dos sentados en la litera. Netty vio parte de sus piernas al descubierto, y se apresuró a tirar de la faldita hacia abajo. Peppard la miraba como si fuese una niña irritable y caprichosa.

—Bueno… Me parece que está usted bien, nena. Y eso es bueno.

—Salga de aquí… ¡Salga de mi camarote ahora mismo!

—No pienso hacerlo. Es usted mi botín, encanto.

Netty saltó de la litera, casi volando hacia la puerta del camarote, de la cual tiró con fuerza, airadamente.

—¡Salga de aq…!

La puerta no se abrió. Y Peppard, aprovechando que la litera había quedado libre, se tendió cómodamente, con las manos bajo la

nuca.

—Está cerrada con llave —dijo—. Y la llave la tengo yo. ¿Se le ocurre algún arrumaco para convencerme de qué se la entregue? Siempre me gustaron las caricias…

Netty insistía en tirar del pomo, pero la puerta resistía perfectamente sus pocas fuerzas femeninas, acabó por comprender que no podría abrirla, y se volvió hacia Jer Peppard, con expresión desorbitada.

—Sobre todo… —continuó éste, sonriendo—. Sí, sobre todo, en la nuca, cuando beso a una chica. Es algo que no puedo resistir, nena. Si yo beso a una chica, y ella me corresponde y me hace caricias en la nuca… Bueno, es que me derrito, vamos, a una nena que sepa hacer bien esa clase de caricias, yo le concedería lo que me pidiera… ¿Quiere que probemos?

Se puso en pie, perezosamente. Netty Bogart retrocedió, hasta quedar arrinconada en un ángulo del camarote. Peppard se acercó a ella, con expresión indiferente. Puso un brazo a cada lado del cuello de la muchacha, dejándola atrapada entre ambos, pero sin tocarla. Su gran bocaza, rodeada de barba azulada de veinticuatro horas, se estiró en una sonrisa estremecedoramente amable.

—¿No quieres probar, lechucita mía? Anda, dale un beso al viejo Jer… Sólo uno, por ahora. Te garantizo que la experiencia no será tan desagradable cómo crees. ¿Sí? ¿Un besito?

La bella experta en momias y cosas así, parecía petrificada. No apartaba su mirada de aquellos negros ojos penetrantes, irónicos, casi crueles. Diríase que ni siquiera respiraba.

—Bueno, ya que no me lo das tú, te lo daré yo a ti. Ya verás como no es tan malo como parece.

Netty Bogart continuó inmóvil, petrificada, cuando la bocaza de Jer Peppard se acercó a la suya; ni siquiera se movió cuando notó en los suyos los labios del ex púgil, que apretaron suavemente, de un modo casi dulce. El beso duró escasos segundos, durante los cuales la muchacha permaneció rígida, absolutamente inmóvil.

Peppard apartó su boca. Tenía fruncido el ceño.

—Bueno, no se puede decir que seas muy acogedora, nena. Pero ya irás aprendiendo. Te conviene, créeme. Voy a decírtelo con toda la claridad posible: mientras seas amable conmigo seguirás viva. En el mismo momento en que empieces a hacer escándalo, Lulu

Pawling se cansará del juego, y te librará de mí… Pero será para tirarte al fondo del mar con un saco de patatas al cuello. Tienes que entenderlo bien: si comprenden que el viejo Jer te ha domado, seguirás con vida. Pero si ven que nos peleamos, que no eres amable conmigo y que buscas complicaciones, tú y el saco de patatas os iréis al fondo del mar… ¿*Okay*? Pues vamos a seguir ensayando…

La volvió a besar. Pero esta vez aún se apartó más pronto que la anterior.

—De acuerdo… —Gruñó—. Yo siempre digo que lo más tonto que hay es una mujer, aunque sea egiptóloga o algo así. Y, además, me pregunto si no serás tú también una momia. Lo pareces, al menos…

Netty Bogart continuaba sin reaccionar, siempre fijos sus ojos en los de Peppard. Sólo un instante hubo un temblor en los bonitos labios rosados. Eso fue todo.

—Iré a buscar algo para almorzar los dos… —Gruñó Peppard—. De modo que podrás pensar con tranquilidad, a solas. Y piensa bien: si no convencemos a todos ésos de que estás a gusto conmigo y que por tanto no vas a intentar ninguna tontería, irás de cabeza al mar. Qué demonios, a fin de cuentas, no creo ser tan desagradable… ¿O sí?

La muchacha continuó impávida, sin pestañear siquiera. Jerome Peppard soltó un gruñido, se apartó y fue hacia la puerta. Sacó la llave de un bolsillo, abrió y, antes de salir, se quedó unos segundos mirando con el ceño cada vez más fruncido a Netty Bogart.

—Recapacita —musitó—. O yo, o el saco de patatas.

CAPÍTULO VIII

Debían ser cerca de las diez de la noche cuando Jerome Peppard notó, de pronto, el extraño silencio. Un silencio total, incluso sin el rumor de la maquinaria del *Tormenta*. Miró a Netty Bogart, que estaba sentarla en el borde de la litera, con expresión ausente. Se había pasado el día así, con aquella misma expresión de indiferencia a todo.

Peppard fue hacia el ojo de buey, lo abrió y miró hacia el exterior. No vio absolutamente nada. Nada. Ni siquiera las luces reglamentarias del barco, que, evidentemente, se había detenido. Todo lo que le pareció oír, por otra parte, fue el chasquido de algunas pequeñas olas contra el casco del *Tormenta.*

—Nos hemos detenido…

Miró a Netty, pero la muchacha insistía en permanecer inexpresiva. Como una momia. Eso estuvo a punto de decir Jer Peppard, pero, realmente, comparar la bellísima Netty Bogart con una momia era el más grande de los disparates. Ni siquiera sintiendo irritación hacia ella podía decirlo.

Tampoco le dio explicaciones respecto a sus próximos pasos. Simplemente, salió del camarote, cerró la puerta con llave y subió a cubierta. Casi enseguida, a pocos pasos, vio a Lulu y a Anselmo Corrales, juntos con dos marinos del *Tormenta*, apoyados en la borda de estribor, a muy poca distancia de él.

Se acercó a ellos, colocándose junto a la rubia Lulu.

—¿Qué ocurre? —musitó.

Lulu Pawling volvió la cabeza hacia él. Las estrellas se reflejaron en los brillantes ojos femeninos.

—¿Cómo va el asunto de la señorita Bogart?

—Mal. Me pareció que sería otra cosa.

—¿Ha conseguido…?

—No. He perdido interés por eso, Lulu. Yo creo que esa chica es una momia… Y a mí no me gustan las momias.

—Bien… Entonces quizá sería conveniente eliminarla ya.

Jerome Peppard asintió con la cabeza, reflexivamente.

—He pensado en eso. Incluso en la satisfacción que me produciría hacerlo personalmente, ya que además gano mil dólares a la semana supongo que por hacer esta clase de trabajos.

—Si ha de ser una satisfacción personal —sonrió Lulu—, nadie va a impedirle ese capricho, Jer.

—Ya le he dicho que he pensado en eso. Pero, la verdad, no me parece conveniente.

—¿Por qué? Ella tendrá que morir, tarde o temprano.

—Lo sé. Todavía no entiendo muy bien qué es lo que se trama en este barco, pero eso no es cuenta mía… Lo que sí comprendo es que esa chica no podrá continuar viviendo. Pero sería un error matarla tan precipitadamente. No olvides al chivo.

—¿Al chivo?

—El tipo aquel de la barbita, que hablaba de museos… Creo que se llamaba Lobewall, ¿no?

—Ah, sí… Es el secretario del Museo de Nueva York. ¿Qué pasa con él?

—Supongamos que llama por radio a la chica, o que espera noticias de ella… Lo más peligroso sería que él llamase, por algún motivo…, y ella no pudiera contestarle.

—Eso es más que improbable, Jer. ¿Por qué habría de llamarla?

Peppard encogió los hombros.

—No sé. Se me ha ocurrido, eso es todo.

—Es una idea absurda. Lobewall no debe esperar noticias de Netty Bogart hasta que lleguemos a Colombia. Más bien parece como si usted quisiera… prolongarle la vida a la señorita Bogart.

—¿Con qué objeto?

—Quizá espera que ella sea más amable.

—Lo dudo. Por días que pasen, esa chica seguirá igual de momia, además, no me gustan las chicas con ese color de pelo tan raro…

—Pues se ha pasado el día con ella en el camarote, Jer. Me pregunto qué habría hecho si la señorita Bogart hubiera sido de su

agrado.

—Hey —sonrió Peppard, bajando la voz—. ¿Qué le pasa? ¿Está celosa?

Lulu Pawling se quedó mirando fijamente los dos negros puntos brillantes que eran los ojos de Jer Peppard.

—Es posible —sonrió.

—Supongo que está bromeando —musitó Peppard.

—¿Por qué? Usted lo sabe muy bien, Jer: es un hombre que gusta a las mujeres.

—¿Incluso a usted?

—¿Supone que no soy una mujer?

—Bueno… Lo parece, al menos. Pero también lo parece la señorita Bogart, y resulta que es solamente un pedrusco. Todo lo que lamento es que mañana tendré que pasarme otra vez el día con ella, en su camarote.

—¡Qué gran sacrificio! —sonrió irónicamente Lulu.

—Ningún sacrificio. Prefiero estar encerrado en un camarote con una momia que salir a cubierta a trabajar. Sepa que me mareo sólo de ver moverse las olas.

—¿Está diciendo que su interés por la señorita Bogart es más bien un truco para no estar en cubierta?

—Más o menos, así lo explicaría yo. En el supuesto de que lo explicase a alguien, ya que no me gusta que sean conocidas mis debilidades. Pero lo cierto es que yo me mareo en una bañera.

—No parece mareado ahora, Jer.

—Porque el barco se ha detenido… ¿Tenemos avería?

—No.

—Menos mal. ¿Qué ocurre, entonces?

—Ya lo verá. —Lulu permaneció silenciosa unos segundos antes de musitar—: Conteste, Jer. ¿Le parece que yo no soy una mujer… normal?

—No puedo opinar a la ligera… —sonrió Peppard—. Las apariencias engañan con demasiada frecuencia.

—Entiendo… *Y* creo que tiene razón. ¿Es cierto que usted trabajaba de camarero, últimamente?

—Maldita sea, es cierto.

Lulu Pawling rió quedamente.

—¿Sabría preparar un *grog*?

—Desde luego.

—Encontrará lo necesario en el comedor de los oficiales. Hay un pequeño bar allí.

—¿Quiere un *grog* ahora? —se sorprendió Peppard.

—Ahora, no. Pero ocurre que el mar me da un poco de frío. Me reconforta mucho tomar un *grog* al acostarme.

—Sí… Debe quitarle el frío de los huesos, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—La idea no es mala —reflexionó Peppard—. Podría…

Se calló bruscamente, desviando su mirada hacia el mar, hacia donde estaba la costa, según parecía evidente por el resplandor que se veía en el cielo. Un resplandor lo bastante grande como para indicar la presencia de una ciudad importante… Washington, posiblemente. Pero Jer Peppard ya había visto antes aquel resplandor, y no era eso lo que le llamaba la atención, sino el sonido de un motor acercándose al barco. Una lancha… Sólo podía ser una lancha.

—En efecto —pareció adivinar sus pensamientos Lulu—, tenemos visitas, Jer.

—Espero que sean gente simpática.

Lulu volvió a sonreír. Ya no hablaron más. Y apenas un minuto más tarde, una lancha se detenía al costado del *Tormenta, Anselmo* Corrales lanzó una escalerilla de cuerda, y los dos marinos que estaban con él descolgaron los ganchos para subir la lancha a bordo, una vez aligerada del peso de los cinco hombres que subieron por la escalerilla, al parecer, no se fiaban mucho de la pericia de los marinos en izar una lancha, y preferían la molestia de la escalerilla a un baño intempestivo.

Además, habría sido una pena mojarse, con aquellas ropas tan impecables y de calidad. Los cinco vestían con elegancia, y hasta uno de ellos vestía de *smoking.*

Fue este hombre, precisamente, quien musitó, ya ante Lulu:

—¿Tan mal están las cosas, Lulu?

—Pésimamente. Vamos abajo, Anselmo, nos vamos.

—De acuerdo.

Lulu Pawling y los cinco hombres desaparecieron en el interior del barco, Anselmo Corrales fue a dar las órdenes oportunas, y Jer Peppard quedó junto a los dos marinos, que finalizaban su tarca de

subir la lancha a bordo.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Peppard.

—Gente importante.

—¿Igual que aquellos cuatro que subieron al barco en Nueva York?

—Algo así, amigo —farfulló el marino.

Jerome Peppard comprendió que no le dirían nada más. Encogió los hombros y se alejó unos pasos, muy pensativo, al poco, el *Tormenta* reanudó la marcha, y eso pareció desviar a Peppard de sus pensamientos.

CAPÍTULO IX

Terminadas las presentaciones, Lulu Pawling expuso la situación a los nueve hombres, cuatro de los cuales estaban ya al corriente. Les cinco recién llegados mostraron con claros gestos su preocupación, y uno de ellos musitó:

—Es una retirada en toda regla, Lulu.

—En efecto, Terence. Y ojalá nos salga bien.

—¿No habría otra solución?

—Que yo sepa, no. Los que se quedasen serían los que correrían más peligro.

—Pero los que estamos en este barco es posible que seamos identificados muy pronto.

—Identificados, es posible. Quizá algunas lanchas guardacostas nos vigilen a prudente distancia, y puedan vernos con prismáticos. Cosas así. Incluso, naturalmente, la ausencia de ustedes de sus ambientes diplomáticos será como una confesión de que han estado mezclados en esto. Pero, para entonces, estaremos todos en Sudamérica, sin preocupación ninguna. El FBI no hará nada mientras esté convencido de que sus dos hombres siguen jugando a las momias.

—Sí, entiendo. Bien, es una lástima perderlo todo ahora, pero al menos conservamos la vida…, que no es poco.

—Yo diría que es suficiente… para empezar de nuevo, en otro lugar. Mañana por la tarde llamaré al jefe por la radio, avisándole nuestra llegada y poniéndole al corriente de la situación. Para cuando lleguemos, por la noche, él ya habrá encontrado una solución a nuestra difícil situación actual. Luego, si navegamos toda la noche a buena marcha, el amanecer podría encontrarnos en el Caribe. Una vez allí, estaremos a salvo. Es todo lo que puedo

decirles, hasta que veamos al jefe.

—Era un buen negocio, lástima —suspiró otro—. Precisamente, en estos días estaba convenciendo a un diplomático francés para que nos vendiera cierta información que habría tenido un buen precio en nuestro mercado. Ni siquiera habría sido necesario raptarlo, ya que él mismo se habría metido en la boca del lobo. Habría bastado aceptar sus informes y liquidarlo. Lástima.

—Sí, es una lástima, Solters. Pero así están las cosas. Sólo podemos… Pase.

Había sonado una llamada a la puerta del comedor de oficiales, y bajo la autorización de Lulu fue abierta. Jerome Peppard entró en el comedor y pareció sorprenderse un poco al ver allí a tanta gente.

—¿Qué ocurre, Jer? —entornó los ojos Lulu.

—Venía a buscar unas cosas en el bar. No sabía que estaban ustedes aquí.

—Recoja lo que sea —sonrió levemente Lulu.

Peppard asintió con la cabeza y fue hacia el bar, seguido por la interesada mirada de los cinco recién llegados.

—¿Quién es? —preguntó Terence.

—Jerome Peppard, un antiguo amigo de Alan Kester. Un boxeador que ha tenido que retirarse porque dice que los chicos de ahora pegan muy fuerte. Él es quien ha matado a los dos agentes del FBI. Por cierto, ¿quieren verlos?

Hubo una negativa general. Ciertamente, la contemplación de un par de muertos no suele ser un espectáculo divertido.

—Les aseguro que están desarmados, además de muertos —sonrió la Pawling—. Llevaban una pistola, y cada uno de ellos una pequeña radio de bolsillo, dentro del sarcófago, pegada a la madera. Pero les fueron retiradas. No hay peligro ninguno.

—Mejor. Pero no veo qué interés pueden tener esos dos agentes del FBI muertos. En cuanto a Alan Kester, ¿qué pasa con él? ¿Por qué no está aquí?

—No lo sé —murmuró Lulu—. Y es algo que me inquieta seriamente. Pensé que quizá vendría con ustedes. La verdad es que empiezo a temer que algo no esté funcionando debidamente. Cuando Alan me habló por la radio, en Nueva York, parecía… No sé… Quizá afónico, o asustado…

—¿Está segura de que era él quien le habló? —susurró Lamarr.

—Bueno… Sí. Creo que sí, desde luego. Supongo que no podía hablar en voz alta, por algún motivo… ¿Listo, Jer?

Peppard se dirigía hacia la puerta, con un par de botellas en una mano, sujetas por el cuello.

—Listo. Lamento haber molestado. Buenas noches.

Nadie contestó. Peppard salió del comedor, y Lulu, tras unos segundos de reflexivo silencio, acabó por encoger los hombros.

—En realidad, todo está dicho, así que podemos retirarnos a descansar. Espero que ustedes se entenderán bien en la distribución de las literas de sus camarotes… Hasta mañana.

* * *

Estaba ya cambiada, con transparente ropa de dormir, mirándose al espejo del pequeño tocador del camarote, cuando sonó la llamada a la puerta.

—Adelante. Está abierta.

La puerta se abrió, y Jerome Peppard entró en el camarote, llevando una bandeja en la mano izquierda. Cerró la puerta, fue hacia el tocador y dejó encima la bandeja, en la cual se veían dos grandes vasos de grueso cristal, que señaló con uno de sus nudosos dedos.

—Medio limón exprimido y una cucharadita de azúcar disueltos en agua caliente. Dos clavos, un poquito de canela, una copa de coñac, una copa de ron, más agua caliente, una rodaja de limón…, y nuez moscada encima. Un *grog* perfecto. Espero que le guste.

Se quedó mirándola, sin parecer demasiado impresionado por la corta y transparente camisita de dormir, única prenda que llevaba Lulu Pawling. Ésta, sonriendo, tomó uno de los vasos, bebió un sorbito y se quedó mirando, maravillada, al ex púgil.

—Jer… ¡Está perfecto!

—Espero que sirva para calentarla lo suficiente. Las noches en el mar suelen ser frías.

—Ya me voy sintiendo caliente —susurró ella—. ¿No va a beber conmigo, Jer?

—He traído dos vasos, ¿no es así? Realmente, esperaba que una mujer normal fuese agradecida con quien le va a proporcionar calor toda la noche.

—Ah… ¿Admite, entonces, que soy una mujer normal?

—Eso es lo que dice usted… Salud, bella rubia.

Peppard alzó el vaso y bebió un buen trago. También Lulu volvió a beber.

—Jer, esto está tan delicioso que usted merece un buen premio.

—Mmm… ¿Dos mil a la semana le parece mucho?

Lulu se puso en pie, sonriendo suavemente. Echó los brazos al cuello de Peppard, abrazándolo cálidamente.

—No has de ser tan… materialista, querido —musitó—. Hay premios mejores que unos cuantos dólares…

El ex púgil dejó a tientas su vaso en la bandeja cuando los labios de Lulu Pawling se entregaron a los suyos, para poder abrazarla adecuadamente.

Bien… Si la rubia se había propuesto demostrarle que era una mujer normal, él no parecía tener inconveniente de ninguna clase. Estaba dispuesto a concederle aquella oportunidad.

CAPÍTULO X

—Buenos días… ¿Cómo ha pasado la noche mi lechucita? Aquí está el desayuno.

Netty Bogart se había sentado bruscamente en la cama al ser abierta la puerta del camarote. Había pasado la noche vestida, y, evidentemente, su descanso no había sido del todo reparador. Tenía revueltos sus cabellos color ceniza, y los ojos, sin los lentes, se veían con toda claridad, con su color dorado, o quizá morado… Unos ojos muy grandes, de belleza en verdad sorprendente.

—He dicho buenos días —gruñó Peppard.

—Buenos días.

—Eso está mejor… Navegamos con rumbo al Sur, el día es espléndido, el mar está en calma y la vida es bella… ¿Por qué no decir eso de «buenos días» con una sonrisa, señorita Bogart?

—No tengo por qué sonreírle a usted.

—¿Por qué no? ¿Tiene algo contra mí?

—Es mi carcelero.

—Oh… Bueno, eso admite diversas interpretaciones. Si usted fuese una chica amable, podría pensar que no soy su carcelero, sino su guardián… Dicho más claramente, su ángel de la guarda.

—Usted es… es un demonio, no un ángel.

Jerome Peppard frunció el ceño. Estuvo unos segundos mirando fijamente a la muchacha, casi con irritación. Seguramente, la hermosísima señorita Bogart entendía mucho de muertos, pero poco de vivos. Era evidente.

—Seguramente —dijo con sequedad— no la molestaré más durante el resto del día, como no sea para traerle algo de comer. He encontrado compañía más amable que la suya. Sin embargo, voy a rogarle que permanezca aquí, que no intente nada… Simplemente,

acepte su situación con tranquilidad: coma, duerma y piense. Sólo eso, adiós, señorita Bogart… Y no olvide hacer varias cruces en el aire cuando yo haya salido. Eso espanta a los demonios.

CAPÍTULO XI

Lulu Pawling apareció en la pequeña cubierta elevada, se sentó junto a Jerome Peppard, le cogió la barbilla y lo besó en la boca, lentamente…

—Creí que no te gustaba estar en cubierta —musitó luego.

—Bueno… El mar está en calma, la noche es hermosa. La verdad es que ni siquiera me doy cuenta de que estoy en un barco. Y tenía ganas de pensar.

Lulu Pawling alzó las cejas, sorprendida.

—¿Pensar? ¿En qué? ¿En el agradable día que hemos pasado juntos…?

—En eso y en otras cosas. Desde que hace casi veinticuatro horas en que me demostraste absolutamente que eres una mujer normal, las cosas me han ido saliendo demasiado bien, Lulu.

—¿Demasiado bien? No te comprendo, Jer, querido…

El ex púgil se quedó mirando hacia el mar, bañado de plata por un delgadísimo arco lunar que se veía entre los miles de estrellas. En efecto, el mar parecía un extraño cristal negro con una línea de plata; tanta era la inmovilidad de sus aguas. Era una calma chicha, después de un día de sol cegador, abrasador.

—Estamos ante las costas de Florida, ¿verdad? —musitó Jer.

—Si… Pero eso no importa. Dime, ¿en qué pensabas? ¿Por qué dices que las cosas te han ido saliendo demasiado bien?

—Porque no estoy acostumbrado a eso. Siempre me sale todo mal. Hasta en el boxeo fui un fracaso. Y, de pronto, te encuentro a ti, gracias a Alan. Y contigo, encuentro… No sé. Supongo que, realmente, estoy sonado, de tantos golpes como me han dado en el *ring*.

—Yo creo que coordinas muy bien —rió Lulu—. En todo. ¿Qué

es lo que te preocupa?

—Todo esto. Lo del barco… No sé qué pasa aquí, Lulu, pero me huelo una cosa muy sucia. Entiéndelo, yo no soy de los que se escandalizan, ya lo sabes. Pero aquí huelo demasiado a podrido… Y huelo también demasiado peligro. Y os veo a todos en la cara la misma expresión tensa, inquieta… ¿Qué es lo que ocurre exactamente? ¿Adónde vamos? ¿Quién nos está esperando, y dónde? Sé que estamos huyendo de algo en este barco, pero me pregunto hasta dónde llegaremos… ¿Quién va a poder ayudarnos?

—Jer, no tienes que hacer preguntas. Dentro de unas horas todo se habrá solucionado.

—¿Cómo?

—No te preocupes por eso.

—Pues me preocupo. Me hiciste matar a dos agentes del FBI, y eso preocupa a cualquiera… Tengo el presentimiento… Sí, precisamente ahora que puedo largarme, que te he encontrado, que alguien va a pagarme mil dólares a la semana, me meto en el lío de matar a dos federales… Me atraparán. Por eso digo que todo va demasiado bien… por ahora.

—No te atraparán, Jer. Nos iremos a Sudamérica todos los que estamos en el *Tormenta.*

—Me gustaría saber cómo. Si el FBI está detrás de nosotros, no escaparemos… Quizá ya sospechen que sus hombres están muertos…

—Olvida eso. Escaparemos.

—Bien, dime cómo… ¿Quién será el mago que nos sacará del apuro? ¿Dónde está?

—Aparecerá en cualquier momento —sonrió Lulu.

—¿Sí? Me gustaría verlo… Supongo que, además, ahora vas a decirme que tienes una varita mágica, y que con un pase de ella y unas palabras cabalísticas, aparecerá en el *Tormenta* el genio que nos sacará de esto…

—Algo parecido —rió ella—. Pero el genio salvador aún tardará unos minutos. ¿Se te ocurre algún modo de entretener la espera?

* * *

—Ahí lo tenemos —suspiró Lulu, junto a la oreja de Peppard.

Éste se apartó, moviendo la cabeza hacia todos lados.

—¿A quién?

—Al genio… Escucha. Llega volando.

Cierto, alguien llegaba volando…, pero en helicóptero, sin recursos mágicos de ninguna clase. El clásico petardeo del motor se fue oyendo cada vez con más claridad, más cercano. Y en pocos segundos el aparato apareció sobre ellos, ya muy bajo, brillando a la luz de la luna.

—¿Quién es? —inquirió Peppard.

—El genio salvador.

—Déjate de tonterías… ¿Quién llega ahí?

—Vamos a verlo, Jer, ayúdame a levantarme…

Peppard se puso en pie y tiró de una mano de Lulu. Mientras tanto, el helicóptero estaba descendiendo sobre la cubierta de popa del carguero… Cuando ellos llegaron allí, las grandes aspas metálicas se habían detenido ya, y dos hombres saltaban a cubierta desde el aparato, Anselmo Corrales y un par de marinos ya estaban allí, así como los nueve «pajarracos» elegantes…

Pero todos cedieron paso a Lulu y Peppard hacia los recién llegados.

Uno de ellos era un tipo corriente, vestido con un «mono» color calabaza y gorra del mismo color.

El otro era un personaje imponente, de más de seis pies de estatura, esbelto, elegante… Debía tener cuarenta años. Su rostro era firme, de rasgos duros. Ojos pequeños, mirada viva, rapidísima. Un hombre impresionante, de personalidad poderosa. Era como si a su alrededor tuviera una capa de magnetismo que paralizara a los demás.

Tenía fruncido el ceño, pero se apaciguó cuando vio aparecer a la rubia. Le tendió la diestra.

—Lulu…

—Hola, Neville. ¿Nada todavía?

—Nada. Cuando salí de mi villa, Alan Kester no había llegado, ni llamado por radio. No me gusta esto, apostaría a que Alan ha sido también atrapado… ¿Estáis seguros de que murieron los dos agentes del FBI, de que no pudieron enviar ningún mensaje…?

—Están bien muertos. Y les quitamos la pistola y la pequeña radio que llevaban en el sarcófago…

—¿Los identificasteis?

—¿A los del FBI? —se sorprendió Lulu—. ¿Para qué?

—Iremos a verlos ahora mismo, algo no está saliendo bien, puedes estar segura.

—Pero si no hemos tenido contratiempos, ni dificultades… Yo creo que podremos llegar al Caribe…

—Y yo te digo que no. Es decir, quiero convencerme. Maldita sea, estamos tratando con el FBI, Lulu. Quiero ver a esos dos agentes, así que vamos todos allá. Hola, Lamarr, Vance, Terence…

Fue estrechando la mano a iodos, rápidamente, enérgicamente. Dominaba la situación por completo. Cada una de sus palabras era una decisión, una orden tajante… Se detuvo de pronto delante de Peppard, con la mano a medio camino.

—¿Éste es el tal Peppard? —preguntó.

—Sí. Él fue quien mató a…

—Ya me lo dijiste por la radio. Y yo te digo que no debiste admitirlo a bordo.

—Pero Alan me dijo por radio que…

—Pudo no ser Alan, o hablarte estando amenazado por el FBI. ¿No se te ha ocurrido esto, Lulu?

—Neville, yo respondo por Jer… por Peppard.

Neville Davies miró vivamente a la rubia, de un modo fijo, taladrante, acabó por mostrar una dura sonrisa.

—De acuerdo, Lulu. Pero si te equivocas, ya veremos quién responderá por ti. Vamos a ver esas momias. Luego, estudiaremos el modo de abandonar el barco, con seguridad para todos.

—¿Abandonar el barco? —murmuró Holder—. ¿Adónde iremos, y cómo?

—Yo arreglaré eso. Pero no quiero que sigan aquí. Es todo demasiado fácil, tiene que ser una trampa. Los pondré a salvo, y hundiremos el *Tormenta*. Pero ahora vamos a ver si el asunto de las momias está correcto, Anselmo, llévanos a la bodega.

—Sí, señor Davies…

CAPÍTULO XII

Se detuvieron todos delante de los dos sarcófagos. Lulu los señaló, fríamente.

—Dentro están los agentes del FBI.

A una seña de Neville Davies, jefe supremo de la organización dedicada a raptos, tortura, asesinato y, finalmente, venta de secretos diplomáticos, dos marinos se apresuraron a abrir los sarcófagos… Los dos cuerpos vendados quedaron a la vista de todos. La sangre se había secado ya sobre las vendas nuevas.

—Sus rostros, Mark —dijo Neville Davies.

El piloto del helicóptero se acercó a uno de los sarcófagos, sacando una navaja de resorte, que abrió con una leve presión del pulgar en el botoncito. En pocos segundos, la aguda hoja segó las vendas que rodeaban la cabeza de la momia elegida en primer lugar…, apareció un rostro extraordinario y espeluznante. Parecía de madera sucia y un poco agrietada; los rasgos eran menudos, encogidos, petrificados… Los ojos, que parecían bolas de cristal, debían llevar abiertos con aquella mueca de muerte no menos de tres mil años.

Lulu Pawling lanzó una exclamación, pálida por el sobresalto, por la sorpresa, por la comprensión de lo que aquello significaba.

—¡Es una momia auténtica! —gritó.

Neville Davies le dirigió una torva mirada. Mark, el tipo del «mono» color calabaza, estaba ya cortando las vendas que cubrían el rostro de la otra momia…, apareció un rostro parecido, como de piel o madera seca, ojos pequeños, que parecían de vidrio…, también abiertos desde tres mil años antes, cuando el cadáver fue embalsamado dejando los párpados abiertos.

—Pero no… no puede ser —jadeó Lulu—. ¡Tenían que ser dos

agentes del FBI! ¡Y les salió sangre! ¡Las momias no tienen sangre!

A otra seña de Neville Davies, Mark cortó las vendas a la altura del pecho… No tardó mucho en sacar un par de bolsas de plástico, planas, que habían estado sujetas y ocultas por las vendas. Las balas las habían perforado, y el rojo líquido había salido, manchando las vendas. Lulu Pawling estaba petrificada de espanto, anonadada, como agotada súbitamente por un terrible esfuerzo. Neville Davies se la quedó mirando hoscamente.

—Parece que el FBI consiguió engañarte, Lulu.

—No… No puede ser… Les oí… Dijeron que pondrían a dos agentes en el barco, jugando a las momias… ¡Lo oí perfectamente!

—Debieron cambiar el plan, es evidente. Del mismo modo que es evidente que aquí sólo tenemos dos auténticas momias egipcias, con vendas nuevas y bolsas de plástico con tinta o sangre de…, de conejo, o lo que sea.

—Pero, entonces…, ¿quién y cómo nos está vigilando? —musitó Lulu.

—Quizá de lejos. O quizá de muy cerca, Lulu. ¿Sigues respondiendo por el señor Peppard?

Todos se quedaron mirando fijamente a Jer Peppard, que frunció el ceño, adoptando una expresión agresiva.

—Cuidado con lo que están pensando —gruñó—. Yo no sé nada de todo este lío. Y si quieren que les diga la verdad, me alegro tanto como la señorita Bogart de que no haya matado a nadie aunque… ¡Un momento! ¡La señorita Bogart, Lulu! ¿La habías visto en el museo antes?

La Pawling estaba más y más desconcertada.

—No… No, desde luego.

—¿Y al tal Lobewall, al chivo, al tipo de la barbita…?

—Tampoco. El vino al *Tormenta*, se presentó, dijo que era el secretario del museo… ¡No puede ser!

—¿Por qué no? —exclamó Peppard—. ¿Por qué tienes que desconfiar de mí, que soy amigo de Alan, y no desconfías de esa momia con lentes de la que nada sabes? ¡El FBI ha utilizado mujeres en muchas ocasiones…! ¡Esa egiptóloga, o lo que sea, puede estar trabajando para el FBI!

Neville y Lulu se miraron. Ella parpadeó varias veces, como si le costase admitir aquella idea, de pronto, señaló a uno de los marinos

que habían bajado con ellos a la bodega.

—Ve a buscar a esa mujer, Potters. Tráela aquí.

—Enseguida.

—Un momento. —Peppard se metió la mano en un bolsillo—. Yo tengo la llave, ahí va.

Se la tiró a las manos del marino, que salió a toda prisa de la bodega. Se quedaron mirándose unos a otros.

—Si esa mujer está trabajando para el FBI, quizá no esté todo perdido todavía —musitó Neville Davies—. Le haremos decir todo lo que pueda ayudarnos. Ella tiene que saber cómo nos está vigilando el FBI, de modo que…

—Maldita sea —mascculló Peppard—. ¡De mí no se ríe nadie! ¡Esa mosquita muerta con aires de lechuza intelectual va a saber quién soy yo! ¡La voy a traer arrastrándola por los pelos!

—Usted se queda aquí, Peppard —dijo Neville.

—¡Déjeme en paz! ¡De mí no se ríe esa idiota! ¡Le voy a enseñar…!

Salió a toda prisa de la bodega. Neville parecía dispuesto a dar una orden, pero Lulu le tiró de la manga.

—Déjalo, Neville. Él tiene motivos para estar furioso con la señorita Bogart.

—Pero yo quiero viva a esa mujer.

—Todo lo más, le dará unos golpes. Déjalo que se desahogue, al mismo tiempo la asustará, la ablandará para el interrogatorio que le vamos a hacer.

Peppard subía ya a toda prisa a cubierta, furiosamente. En menos de un minuto llegó al pasillo de los camarotes y corrió hacia el que ocupaba la muchacha de los cabellos color ceniza. Llegó, entró abruptamente y vio a Potters sujetando de un brazo a Netty Bogart, tirando de ella hacia la puerta.

—Déjamela a mí —masculló Peppard—. Ya verás cómo no se atreve a resistirse… ¡Aparta!

Apartó a Potters de un empujón… Pero no se acercó a la muchacha, sino al propio Potters, que todavía estaba tambaleándose. Una fina aguja de acero brilló, de pronto, en la mano derecha de Jerome Peppard. Potters abrió mucho los ojos, los desorbitó… Pero aún los desorbitó más cuando la fina aguja de acero se clavó en su pecho, con seco y fortísimo golpe, tirándolo

contra una pared, desde donde rebotó para quedar tendido de bruces en el piso.

Jer Peppard se volvió entonces hacia Netty Bogart, cuya palidez era poco menos que mortal. La muchacha tenía una mano sobre el corazón, la boca abierta en un no conseguido alarido de terror. Y sus ojos no estaban menos desorbitados que los de Potters, mirando aterrada, casi desvaneciéndose de espanto, al ex púgil, cuyo rostro era más torvo y duro que nunca.

—Tiene que salir de aquí —mascculló Peppard—. ¡Y deprisa!

La muchacha retrocedió, temblando violentamente. Parecía hipnotizada, casi a punto de perder la razón. Sin vacilar, Peppard le dio dos soberbias bofetadas, que hicieron oscilar fuertemente la cabeza de la señorita Bogart.

—¡No hay tiempo para teatro, nena! —exclamó—. ¡Será mejor que se despeje, y que escuche bien mis instrucciones! ¿Me está entendiendo?

—A-a-asesino…, asesino… ¡Ase…!

Una de las manazas de Peppard tapó rudamente la boquita femenina. La otra puse ante los espantados ojos la fina aguja de acero manchada de sangre.

—O se calma, o le hago un agujero… *¿Okay? ¿Okay*? No estoy bromeando, señorita Bogart. Serénese y escúcheme, eso es todo lo que tiene que hacer… ¿De acuerdo? ¿Sí? Le advierto que si continuamos perdiendo el tiempo, seremos nosotros las momias de este juego… *¿Okay*? ¡Vamos, vamos, reaccione, tengo que volver allá antes de dos minutos!

CAPÍTULO XIII

—¡Lulu! ¡Venid!

Se volvieron todos sobresaltados hacia la entrada a la bodega de carga, allá, con el rostro crispado en una mueca feroz, estaba Jer Peppard, gesticulando rabiosamente.

Corrieron todos hacia allí, pero Peppard pareció prestar atención solamente a Lulu, a la que cogió de un brazo y tiró de ella. En tropel, salieron todos de la bodega, empujándose unos a otros; a juzgar por la actitud de Peppard, parecía que estuviese llegando el fin del mundo. Recorrieron aquella parte del barco a toda prisa, llegaron al pasillo de los camarotes y, finalmente, Peppard, jadeando, se detuvo en el umbral de la abierta puerta del camarote de Netty Bogart, señalando su interior.

—¡Potters! —exclamó Lulu.

Ella y Neville Davies fueron los primeros en llegar junto al marino caído de bruces. Neville le dio la vuelta rápidamente, y por un instante quedó inmóvil, un poco sobrecogido.

—Está muerto —musitó al fin; se volvió hacia el ex púgil—. ¿Qué pasó, Peppard?

—Ni idea. Cuando llegué aquí, ya vi a Potters tendido en el suelo… No hay rastro de la chica. Ya les dije que ella podía ser la que…

—Cierre la boca —gruñó Neville—. Anselmo, quiero que registren el barco todos los hombres. Inmediatamente, sin dejar un solo rincón. Y quiero luces buscando por el mar a esa mujer. No creo que esté tan loca como para tirarse al agua a esta distancia de la costa, pero todo es posible… Ustedes también —miró a sus nueve hombres de confianza, recogidos en Nueva York y en Washington—. Todos a buscar a esa señorita Bogart. Y tengan cuidado. Está bien

claro que es peligrosa… Lo bastante como para matar a un hombre de una sola puñalada… Vayan de dos en dos. Y no olviden que la quiero viva. Ella es la única persona que puede decirnos cómo romper el cerco del FBI. Porque, señores, espero que todos hayan comprendido que la jugada del FBI no admite bromas. Puede que estén alejados de nosotros, pero al acecho… Y quizá ella les haya dicho ya que ataquen, atentos todos. ¡Salgan!

Quedaron en el camarote solamente Neville Davies, Lulu y Jer Peppard.

—No creo que haya saltado al agua —musitó Lulu.

—Si esa chica trabaja con el FBI, estará entrenada para eso y para más —deslizó secamente Neville—. Veamos si hay algo interesante en este camarote. Usted, Peppard, ayúdenos.

—¿A qué?

—¡A buscar algo! ¡Registre el equipaje de esa mujer!

—Está bien.

Se dedicaron los tres a buscar, frenéticamente. No había nada especial en el equipaje de Netty Bogart. No parecía que hubiese nada en todo el camarote. Pero cuando ya parecía no supiesen dónde buscar, Peppard alzó de un tirón la colchoneta de la litera inferior.

—Neville —susurró.

El jefe de la organización se acercó presurosamente, igual que Lulu Pawling. Los dos se quedaron mirando lo que señalaba el dedo de Jer Peppard. Un objeto metálico del tamaño de un paquete de cigarrillos largos. Quizá un poco más grande.

Fue Neville Davies quien tomó el objeto, pálido.

—Es una radio… Lulu, eres una imbécil.

—Neville, no podía saberlo… Me pareció normal que el Museo de Nueva York enviase a esa chica… No sé… ¡No sospeché nada!

—¿Ni siquiera se te ocurrió revisar su equipaje cuando ella no pudiese verlo?

—¡No se me ocurrió! ¡Está bien, he sido una tonta, me ha engañado esa… esa mosquita muerta!

—Nos ha engañado a todos —farfulló Peppard—. ¡Si yo hubiese sabido…!

—No hay tiempo para lamentaciones ahora —cortó Neville—. No hay tiempo para nada, en realidad. Usted, Peppard, vaya a

reunirse con los demás, busque también a esa mujer.

—¡Y con mucho gusto que voy a hacerlo! —Enrojeció de rabia el ex púgil—. ¡Deje que le eche la mano encima!

Salió furiosamente del camarote, de modo que quedaron solos Neville Davies, Lulu Pawling y el fallecido Potters. Neville se acercó a la puerta, para asegurarse de que Peppard se había alejado. Cuando se volvió hacia Lulu, había en su rostro un gesto duro, de determinación.

—Tenemos que marcharnos, Lulu, ahora mismo.

—¿Solos?

—No hay más remedio. ¿No puedes comprenderlo? Los del FBI te han engañado astutamente. Te diré lo que está ocurriendo en estos momentos: media docena de lanchas guardacostas, y quizá otras de diferentes tipos, se están acercando al *Tormenta* para rodearlo. Jamás saldríamos de estas aguas.

—¿Crees que ella pudo llamar…?

—¡Eso es evidente! Ella ha sabido en todo momento mucho más de lo que vosotros hayáis podido creer… Ha sabido que el jefe de la organización estaba a bordo, ha llamado por la radio al FBI, que no debe andar muy lejos…

—No comprendo cómo pudieron hacerlo, cómo supieron que yo sabía que iban a poner dos agentes en los sarcófagos…

—Eso ya no importa. Escapar sí importa… Vamos a irnos los dos a mi villa, a recoger todo el dinero que tengo allí. No hay otra solución, Lulu. Tú sabes que quería dejarlos a todos a salvo, reanudar más adelante nuestro «negocio». He venido dispuesto a ayudarlos a todos, tenía pensado ya el plan de fuga sin utilizar el *Tormenta*… Ya no hay tiempo de nada.

—Los detendrán a todos. Te delatarán, te identificarán…

—Es inevitable… Pero, para entonces, tú y yo estaremos muy lejos de aquí, con el helicóptero, con el dinero que tengo en la villa. Iremos hacia Sudamérica, de momento. Tengo dinero más que suficiente para vivir espléndidamente en cualquier lugar del mundo, hasta que nos consideremos seguros y podamos empezar de nuevo… Lo siento, Lulu, pero no hay más remedio…

—Bien… Te agradezco que quieras llevarme contigo, Neville. Y lamento que no haya otra solución… Los dejamos a todos en la estacada.

—No era ésa mi intención. Pero las circunstancias mandan. Vamos a cubierta. Mark habrá entendido mi seña, y estará esperándonos en el helicóptero. Iremos a mi villa, recogeremos el dinero y nos iremos hacia el sur.

Salieron del camarote, a toda prisa. Poco después, aparecían en cubierta, corriendo hacia el helicóptero. Mark debió verlos, porque las grandes aspas se pusieron en marcha inmediatamente. Estaban ya llegando al helicóptero cuando Peppard apareció ante ellos, alzando los brazos.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué pasa?

—Jer —se apresuró a explicar Lulu—. Neville tiene dispuesto el plan de fuga para todos. Vamos a dar la orden, a la costa, y a recoger el dinero que Neville tiene en la villa. Ve avisando a todos de que estén dispuestos para trasladarse a las lanchas rápidas que llegarán.

El ex púgil se quedó mirándolos con el ceño fruncido.

—No me gusta esto —masculló—. No me gusta, Lulu.

—¿Estás tratando de insinuar algo, Peppard? —inquirió secamente Neville Davies.

—Bueno… Tengo la impresión de que los que quedemos en este barco vamos a ser la carnada.

—No sea tan listo. Si quisiéramos…

—Jer. —Lulu le abrazó dulcemente—. No estamos tramando lo que tú piensas. Hay que hacer las cosas como conviene, no como quisiéramos hacerlas. Pero si tanto desconfías, puedes venir con nosotros. Tú eres quien decide.

—Bien… Quizá he sido un poco estúpido, Lulu… Está bien, pasaré el recado, y estaremos esperando todos. ¿Cuánto calculas que tardaréis?

—Menos de cuarenta minutos —dijo rápidamente Neville.

—De acuerdo. Hasta luego, entonces.

Ayudó a Lulu a subir al helicóptero. Luego, subió Neville Davies, y Mark no necesitó ninguna orden para elevar inmediatamente el helicóptero.

Davies lanzó un suspiro de alivio y de burla a la vez.

—Ese tipo ha podido complicar las cosas. Claro que, si hubiera subido al helicóptero, no habría tardado ni cinco minutos en ir a parar al mar, con un balazo en la cabeza.

—Eso pensé —sonrió acremente Lulu—. Y por eso le dije que si quería venir. La verdad es que lo siento. Él es… muy cariñoso.

—Bueno, ya nada importa; solamente escapar. Mark, vamos a la villa, a buscar el dinero.

—Sí, señor Davies. Y creo que muy a tiempo… Vea cómo se van acercando varias luces al *Tormenta.*

Mark señaló con una mano hacia el mar, que iba quedando abajo, como una negra mancha salpicada de plata. Se veían las luces del carguero *Tormenta*, y, rodeándolo, no menos de ocho luces, pertenecientes a embarcaciones más pequeñas, que se iban acercando rápidamente.

—Lanchas guardacostas y privadas —mascculló Davins—. Bien…, ahí tenemos al FBI.

—Podrán seguir jugando con sus momias —comentó Lulu—. Mientras tanto, nosotros volaremos muy lejos de aquí. Según parece, hemos escapado de una buena, Neville.

Capítulo XIV

La villa se veía, abajo, como una mancha blanca. Estaba relativamente cerca del mar, quizá a menos de media milla. Había espesos grupos de árboles, y se veía el brillo de la luna sobre las aguas de una piscina, algunas palmeras, muy altas, se mecían levemente bajo la brisa que llegaba del mar.

Poco después, el helicóptero se posaba sobre una mullida alfombra de hierba, a menos de cincuenta yardas de la casa. Mark detuvo las aspas, y Neville le dio instrucciones rápidamente.

—No tardaremos ni diez minutos, Mark. Mientras tanto, ve al garaje a buscar combustible. Trae todo el que puedas. El viaje será esta vez mucho más largo.

—Sí, señor Davies.

—Hasta ahora.

Neville y Lulu saltaron del helicóptero y corrieron hacia la casa. Mark saltó unos segundos después, y fue a toda prisa hacia el garaje. Entró, recogió dos bidones de gasolina y regresó a toda prisa al aparato, apoyándose con el vientre en el hueco de entrada, sin portezuela, colocó en la parte de atrás los dos bidones de gasolina, y se volvió velozmente, dispuesto a ir a buscar otro par.

Se encontró de boca a manos con Jer Peppard, y pudo ver el blanco brillo de los dientes del ex púgil. La sorpresa dejó paralizado a Mark, estupefacto, atónito.

—Pero…

El puño derecho de Jer Peppard se hundió en su estómago como una roca lanzada por un cañón. Fue un impacto tremendo, brutal, espantoso. Un golpe que podía tumbar a un caballo. Y como Mark no era un caballo, quedó fulminado instantáneamente al recibir el salvaje golpe, como suspendido en el puño derecho de Peppard, que

se lo quitó de allí de un escalofriante zurdazo en el mentón, derribando al ya desvanecido Mark sobre la hierba.

Jer Peppard se sopló los nudillos, malhumorado. Luego se inclinó sobre el desvanecido piloto, y lo registró rápidamente. Su mal humor aumentó al no encontrarle encima más que una pequeña navaja, con la que había cortado las vendas de las momias que viajaban en el *Tormenta.*

Es decir, que sólo podía contar con poco más de la ayuda que ya significaba su punzón especial. Mientras tanto, positivamente, Lulu y Neville estarían armados con pistolas.

* * *

Neville Davies abrió la caja fuerte y comenzó a sacar fajos de billetes, apresuradamente. Se volvió hacia Lulu, que lo miraba con extraña fijeza.

—Acaba de sacarlos tú. Yo voy a mi despacho, a recoger algunas cosas que podrían sernos útiles. Y un portafolios, o algo así.

—Está bien.

Lulu Pawling continuó sacando billetes en gruesos fajos, a medida que los iba amontonando, su expresión iba cambiando más y más… Un cálculo aproximado de aquel montón de billetes la acercaba al millón y medio de dólares.

Millón y medio de dólares.

Cuando hubo terminado de sacar todos los fajos, los amontonó cuidadosamente, como distraída, sin dejar de mirar hacia el lugar por donde había marchado Neville Davies. Finalmente, tras profunda reflexión, también ella fue hacia allí, saliendo del bonito y espacioso *living*. Recorrió el amplio vestíbulo, llegó a la puerta del despacho y entró silenciosamente.

Neville Davies, sentado a su mesa, estaba sacando papeles de un cajón, que iba dejando ante él, alzó la mirada, la vio y explicó:

—Son detalles de nuestras operaciones, explicadas en clave, como si fuesen facturas de mi negocio conocido en Miami. Creo que es mejor llevárnoslas, porque nos serán útiles cuando volvamos a empezar en otro sitio.

—Bien pensado.

—Mira en aquel armario —señaló distraídamente Davies—, ahí tiene que haber una cartera lo bastante grande para meter dentro

todo el dinero.

—Parece que hay algo más de un millón de dólares, ¿no?

—Casi millón y medio. Ya te dije que tendríamos más que suficiente para vivir lejos de aquí, con tranquilidad, hasta que volvamos a ganar dinero.

—Formidable. Buscaré esa cartera.

La encontró muy pronto. Volvió al *living* y se dedicó lentamente a ir guardando el millón quinientos mil dólares. Era mucho dinero. Tanto, que si lo pensaba sensatamente, no era difícil llegar a la conclusión de que una persona podía vivir magníficamente durante toda su vida con él. En cualquier parte del mundo. Sobre todo, si no compartía esa cantidad con nadie.

Más aún: con un millón y medio de dólares, ya no tendría necesidad de volver a arriesgarse en trabajos de espionaje, ni buscarse complicaciones con el FBI, o cualquiera que fuese el organismo de contraespionaje del país al que fuese a parar.

Con un millón y medio de dólares, ya no hacía falta complicarse nunca más la vida.

Acabó de meter en la cartera los gruesos y prietos fajos de billetes. Cerró meticulosamente la cartera, la sopesó, miró hacia la puerta…

¿Por qué no?

Quien traiciona, sólo puede esperar traición. Neville Davies los había traicionado a todos, a todos. Los había dejado a merced del FBI, mientras él pensaba escapar de allí con aquel dinero… Incluso era posible que a ella la hubiese llevado para inspirar confianza a los demás, y que en cualquier momento la matase. La idea tenía que haber pasado por la mente de Neville Davies, sin duda alguna. Una vez todo perdido, era más sensato desaparecer en solitario que llevando consigo a una mujer que había sido su brazo derecho en la organización. Una organización que ya no existía. En aquellos momentos, el FBI, por las buenas o por las malas, debía ser dueño y señor del *Tormenta*. Ya no existía nada. Solamente, millón y medio de dólares.

Se trataba de tomar una decisión. Había dos alternativas tan sólo, en realidad. Una de ellas era escapar con Neville Davies, siempre con el temor de que éste decidiera eliminarla, aparte de que si Neville insistía más adelante en reorganizar su negocio de

venta de informes diplomáticos, ella de nuevo se complicaría la vida. Sí… Era una alternativa poco agradable.

La otra alternativa era completamente opuesta: agradable, inteligente, productiva…

Ya no vaciló más. Se alzó la falda y despegó de entre los muslos la pistola que llevaba sujeta allí con esparadrapo especial. La empuñó con la mano derecha, firmemente. Con la izquierda, sujetó no menos fuertemente la cartera que contenía el dinero.

Regresó al despacho de Neville Davies. Éste parecía completamente abstraído repasando algunos de sus papeles. Tenía las manos llenas de papeles y parecía pensativo, preocupado.

—Neville.

Davies alzó la cabeza como sobresaltado.

—Voy enseguida. Estaba…

Neville Davies se calló de pronto y frunció el ceño.

El jefe de la organización había mirado un instante la pistola que empuñaba Lulu. Luego, la fría e inteligente mirada fue hacia los ojos de la rubia.

—¿Estás loca? —musitó.

—Lo he pensado bien. Lo siento de veras, pero me parece que el FBI nos ha aniquilado realmente, Neville. Ya no podríamos trabajar en ninguna parte del mundo.

—Guarda esa pistola, Lulu.

—De veras que lo lamento… Pero tú me comprendes… Tengo que hacerlo, Neville.

—¿Vas a matarme?

—No creo que necesites explicaciones para comprender mi decisión. Millón y medio de dólares, un helicóptero a mi disposición y el mundo por delante. Ya no quiero más riesgos ni inquietudes, Neville. Simplemente, todo ha terminado… Todo va a terminar. Cuando el barco se hunde, hay que lanzar el grito de «sálvese quien pueda».

—Tienes razón —sonrió Davies—. La verdad es que yo estaba vacilando entre hacerlo o no, pero tú misma me has decidido.

—Decidido… ¿a qué?

—A esto.

Los papeles que Neville Davies tenía en las manos saltaron por el aire violentamente, chamuscados, y algunos de ellos ardieron

debido al fogonazo del primer disparo. Y después de ese disparo, al saltar los papeles, quedó visible en la mano de Davies la pistola que hasta entonces había estado oculta.

Lulu recibió el primer balazo en el pecho. Saltó hacia atrás espectacularmente, tirando por el aire su pistola y la cartera con el dinero. Dio contra la puerta abierta a medias, de espaldas. Rebotó, cayó de rodillas y quedó así, mirando con ojos desorbitados a su asesino. Un ronco gemido, profundo, desgarrado brotó de la boca de Lulu al recibir el segundo balazo, ahora sobre el seno izquierdo. Cayó de espaldas, y sus piernas, actuando como ballestas bajo ella, la alzaron un instante, para luego abrirse, extenderse… Lulu quedó tendida cara al techo, con los ojos abiertos, temblando los labios como una última hoja del árbol bajo el fuerte viento del otoño.

Neville Davies apareció ante sus ojos, que se cristalizaban rápidamente, alzó la pistola, lentamente, hasta que quedó apuntada al corazón de la rubia… Pero no tuvo necesidad de disparar. El jadeo de Lulu Pawling cesó de pronto, y un chorrito rojo apareció en un lado de su boca. Sus ojos quedaron fijos en el techo.

Davies se guardó la pistola, recogió los papeles, algunos de los cuales tuvieron que ser apagados a manotazos, y los metió todos dentro de la cartera de mano, con el millón y medio de dólares, apagó la luz, sin tan siquiera volver a mirar el cadáver de la hermosa rubia, y salió del despacho.

Segundos después salía de la casa, corriendo. Llegó al helicóptero, vio a Mark ante los mandos y subió velozmente.

—Nos vamos, Mark. Lulu no vendrá… ¡En marcha!

Las aspas del helicóptero comenzaron a girar. El aparato se elevó cada vez más, desviándose hacia el mar.

—Hacia el sur, Mark —gruñó Davies.

Luego abrió la cartera, sacó algunos papeles y los fue ordenando, alisándolos. Los volvió a guardar todos, incluso los parcialmente quemados. Cerró la cartera y miró hacia abajo. Frunció el ceño al ver el mar bajo el helicóptero. Clavó una hosca mirada en la nuca del piloto.

—Te he dicho que hacia el sur, no hacia el *Tormenta*. Quiero volar sobre tierra firme, no sobre el mar.

El helicóptero continuó la misma ruta, siempre hacia el mar, hacia donde estaba el carguero *Tormenta.*

—¿Estás idiota? —masculló Davies—. ¿Qué te ocurre? ¡Te digo que vueles hacia el sur, estúpido! ¡Hazlo!

Sacó la pistola y la acercó a la nuca del piloto. Parecía dispuesto a decir algo más, pero, en aquel momento, obligado por el piloto, el helicóptero dio un fuerte bandazo, y Neville perdió parcialmente el equilibrio…, al alzar la mirada, entre intrigado y furioso, vio aquel rostro que no era el de Mark. Quiso mover la mano armada, pero un feroz manotazo le arrancó la pistola, que salió por el hueco vacío de la portezuela, hacia el mar.

—Así estamos más igualados, Neville —sonrió secamente Jerome Peppard—. Yo siempre he dicho que los hombres pueden resolver sus cuestiones mano a mano. Claro que hay veces en que se tiene que recurrir a las armas. Lamentable, pero inevitable. ¿Ha matado a Lulu?

Jerome Peppard se había vuelto a ocupar de los mandos, tranquilamente, y había hablado con la cabeza un poco vuelta hacia los asientos de atrás. En ningún modo parecía preocupado por lo que Neville Davies pudiera hacer… o intentar.

—¿Dónde está Mark? —jadeó Davies—. ¿Cómo está usted aquí?

—Mark está entre unas matas, sin sentido y sólidamente atado. Me permití ponerme su «mono». Y estoy aquí porque cuando ustedes despegaron del *Tormenta* me colgué del tren de aterrizaje del helicóptero, y llegué a la villa con ustedes, naturalmente, ahora, Davies, le toca a usted contestar. ¿Ha matado a Lulu?

—Ella quiso matarme a mí.

—Entiendo… No es nuevo para mí un asunto de esta clase. Lo siento por ella, pero quizá se ha librado de muchas molestias, y, al fin y al cabo, habría sido ejecutada.

—¿Quién es usted?

—Jer Peppard.

—Del FBI, ¿no es así?

—¡Qué fantástico es usted, Neville! —rió Peppard—. Todo el mundo le parece que es del FBI ahora.

—Creo… creo que entiendo lo ocurrido, Alan Kester nos traicionó a todos.

—No, no…, Alan Kester fue localizado por el FBI. Resulta que mientras el inspector Parkinson estaba preparando el asunto de colocar un par de momias en el *Tormenta*, un federal le dijo que

había micrófonos en aquel sótano, a partir de entonces, el FBI fue hablando tanto, que Alan Kester tuvo que quedar bien enterado del asunto. Pero, hacia las cinco de la mañana, fue localizado en un apartamento, y detenido; tenía un receptor-grabador con grabaciones muy interesantes. Se negó a hablar, ciertamente. Pero el FBI sabía ya que los del *Tormenta* sabían que iban a recibir a dos agentes vestidos de momia, decidieron enviar las verdaderas momias, por si acaso. Y para que la cosa durase lo máximo posible, pusieron las bolsas de plástico con sangre… No me negará que la jugada fue de campeonato, Neville.

—No creo eso de que detuvieron a Alan… Lulu dijo que él la había llamado, hablándole de usted…

—Fue un agente especial del FBI experto en imitar voces. Y hablando por radio, en voz baja y tenue, parece que hizo un trabajo perfecto… Lo bastante para engañar a Lulu.

—Y para colocar un agente del FBI en el barco que no tenía por qué ir disfrazado de momia.

—Así parece. Es una chica lista.

—¿Me cree idiota? No es esa señorita Bogart la agente del FBI, sino usted.

—Gran perspicacia la suya, Neville.

—Usted fue quien mató a Potters, y escondió a la muchacha. Y para poder seguir actuando cerca de nosotros, puso su propia radio en el camarote de ella, para que nos convenciésemos de que ella era la que trabajaba para el FBI, y le dejásemos tranquilo a usted.

—Asombroso, Neville, asombroso. Realmente, su inteligencia le ha debido permitir montar una organización casi perfecta. El FBI ha estado varios meses de cabeza por culpa de usted. Felicidades. Sólo que el juego ya ha terminado.

—Todavía no, Peppard.

—¿No?

—Le aconsejo que vuele hacia el sur.

—No insista, Neville. Mi destino es la cubierta del barco *Tormenta*. Comprenda que esas momias deben llegar a Colombia. El Servicio Nacional Científico Colombiano no tiene la culpa de estos pequeños jaleos nuestros.

—Si no varía la ruta, Peppard, ninguno de los dos vamos a llegar al *Tormenta*.

—No sea loco. Todo lo tiene perdido, Neville, acéptelo. Tarde o temprano, el FBI pasa la factura. Puede que antes se dedique a jugar a las momias, pero, finalmente, pasa la auténtica factura. Pórtese bien, y llegaremos al barco en cinco minutos.

—Hacia el sur, Peppard —deslizó fríamente Davies.

—¿Qué quiere? ¿Que caigamos los dos al mar? Es una estupidez. Estamos volando a más de ochocientos pies sobre las aguas. Una caída desde aquí, Neville, es suficiente para romper todos los huesos del cuerpo, empezando por la columna vertebral. ¿Por qué arriesgarse a morir ya, si puede vivir unos meses, mientras lo juzgan? Recapacite.

—Insisto: hacia el sur.

—Lo lamento —replicó secamente Peppard—. No pienso complacerle. Y si intenta…

Neville Davies lo estaba ya intentado. Su brazo derecho había pasado por la garganta de Jer Peppard, y apretaba fuertemente hacia atrás, en clarísimo deseo de estrangular al ex púgil sobre la marcha, a ochocientos pies de altura sobre las aguas, que, si bien son blandas, no lo resultan tanto cuando se cae desde esa altura. Peppard tenía razón; una caída desde aquella altura era la muerte inevitable, con todos los huesos rotos contra la «blanda» agua.

—Está… loco —jadeó Peppard—. ¡Nos vamos a estrellar… los dos…!

Intentaba quitarse el brazo de Neville con una sola mano, mientras con la otra hacía lo imposible por dominar los mandos del aparato. Pero era una tarea imposible. Neville Davies tenía también una fuerza de coloso, y la presa de estrangulación se estaba llevando a cabo inexorablemente… Jer Peppard notó un zumbido en la cabeza, y el helicóptero dio su primer bandazo extraño, como si fuese una pelota sujeta al extremo de una goma elástica.

Peppard no tuvo más remedio que soltar los mandos y meter la mano en el bolsillo. La sacó armada con la boquilla, que una vez apretada en el extremo del cigarrillo dejó salir el punzón por el otro extremo. Desesperado, a punto de perder el conocimiento, Peppard lanzó un puntazo hacia atrás, y luego otro, y otro…

Al tercer golpe, su garganta quedó libre, y el aire entró impetuosamente en sus pulmones, reanimándolo en el acto. El helicóptero se había ladeado, y caía verticalmente. Dio un tirón a

los mandos, y el aparato se elevó rápidamente, como a trompicones. Fijó el medio volante, y se volvió hacia los asientos de atrás…, a tiempo de recibir en plena nariz el derechazo de Neville Davies. Un derechazo tremendo, que lo tiró contra los mandos… Pero el rostro de Jer Peppard parecía de goma. Pegarle era como entretenerse en golpear un colchón de espuma: una lamentable pérdida de tiempo.

Se incorporó a medias, desviando con un antebrazo el siguiente derechazo de Davies, y lanzándole un trallazo en plena boca que lo tiró a los asientos de atrás nuevamente. El helicóptero, en verdad milagrosamente, seguía subiendo, pero siempre a trompicones, como a saltos de canguro.

Peppard pasó rápidamente al asiento de atrás, con la manaza derecha en alto. Un golpe en los sesos, bien aplicado, dejaría a Neville Davies dormido el tiempo suficiente para llegar sin más novedad al *Tormenta*. En realidad, ya estaba vencido. Tenía el brazo izquierdo completamente inutilizado por los tres pinchazos propinados por Peppard, mientras que éste se encontraba completamente fuerte para la pelea, que prometía ser muy corta.

Pero un inesperado y dolorosísimo puntapié en las ingles tiró al ex púgil hacia atrás… Con un alarido de espanto, Peppard se aterró frenéticamente al borde de la entrada del helicóptero. Sus rubios cabellos parecidos a una escoba quedaron a merced del viento, agitándose furiosamente. Por encima de él, encorvado, apareció Davies, con un pie alzado, aullando ya su triunfo.

—¡Abajo, abajo…!

Peppard recibió el primer patadón en plena nariz y boca, y fue impulsado fuertemente aún más afuera del helicóptero. El segundo patadón lo recibió en el pecho, y medio cuerpo salió del aparato, hasta el punto de que Peppard sólo se sujetaba ya a los bordes de la portezuela con las puntas de los dedos, casi con las uñas tan sólo. Hasta el punto de que tuvo que optar por soltarse una mano, dar un quiebro de cintura y llevar ambas a un solo lado del hueco del aparato…, mientras Neville Davies lanzaba su tercer patadón, que sólo encontró el vacío.

Por un instante, el jefe de la organización tan afanosamente buscada por el FBI pareció quedar suspendido en el aire. Pero fue quizá solamente una ilusión óptica de Peppard, porque al siguiente parpadeo el cuerpo de Davies salía ya fuera del aparato, al libre

espacio.

El alarido pareció taladrar los tímpanos del hombre con la cara de goma. Un alarido largo, vibrante; una explosión de angustia, de miedo, de terror absoluto… Un alarido que, fatalmente, dejó de oírse…

Peppard se encontró de nuevo ante los mandos, controlando el aparato, que continuaba con sus saltos extravagantes. Dominó la marcha, y sólo entonces miró hacia abajo, hacia las negras aguas que debían estar a no menos de mil pies más abajo.

Jer Peppard se pasó una mano temblorosa por el rostro, crispado, resbaladizo de gruesas gotas de sudor.

—Dios…

CAPÍTULO XV

El helicóptero se posó sobre la cubierta de popa del *Tormenta*, y tres hombres se adelantaron cuando las aspas dejaron de girar. Uno de ellos se acercó más vivamente a Peppard cuando éste saltó del aparato.

—¿Estás bien, Jer? ¿Estás bien?

—Sí, señor… Lamento decirle que el jefe de la organización no podrá ser juzgado. Cayó desde el helicóptero. Ocurrió…

—Vamos abajo, allí nos lo contarás todo, mientras te tomas una taza de café, aquí todo está ya decidido, hemos dominado la situación sin una sola baja. Se acobardaron al verse rodeados completamente.

Peppard miró hacia el grupo de lanchas que había alrededor del *Tormenta*, y asintió con la cabeza:

—Lo del café es una gran idea, señor.

Veinte minutos más tarde, Peppard se había tomado un par de cafés y fumado dos cigarrillos, mientras hablaba rápidamente, con precisión absoluta, sin alterar ni siquiera en un segundo la cronología de los hechos. Como una computadora, igual que un cerebro electrónico.

—Bien… Lástima que no podamos juzgar a Lulu Pawling y a ese Neville Davies, pero tenemos en Nueva York a Alan Kester y en el barco a todo el grupo americano. Terminó la pesadilla.

—Así parece, señor. ¿Está bien la chica?

—¿Qué chica?

—Netty Bogart, la egiptóloga.

El inspector Parkinson y algunos de los agentes presentes cambiaron una alarmada mirada.

—¿La señorita Bogart? No la hemos visto, Jer… No está en el

barco. Lo hemos registrado todo, y…

—¡Tiene que estar! ¡Le dije…! ¡Dios mío!

Salió corriendo, seguido del inspector Parkinson y algunos *G-man*. Llegaron a la bodega, y Jer Peppard abrió uno de los sarcófagos, soltando un gruñido al ver la correspondiente momia, abrió precipitadamente el otro…, y lanzó un profundo suspiro al ver la segunda momia…, que no era otra que Nelly Bogart, envarada, tiesa como una auténtica momia dentro del sarcófago, con los ojos más abiertos que el cielo.

—¡¿Qué demonios hace ahí dentro?! —aulló por fin Peppard.

—Ust… usted… usted me dijo…

—¡Le dije que escondiese una momia entre los fardos, y que se metiese usted aquí dentro, que era un lugar donde no buscarían!

—Ya…, ya escondí la… la momia…, y…, y aquí estoy…

—¡Salga! ¿Qué pretende? ¿Ser expuesta en Colombia como una muchacha egipcia de hace tres mil años?

Netty Bogart salió del sarcófago, temblando, fijos sus ojos en el barbudo y torvo rostro del ex púgil. El inspector Parkinson se acercó a ella, y le pasó un brazo por los hombros, cariñosamente.

—Cálmese, señorita Bogart. Todo ha terminado, todo está bien. Será mejor que subamos a tomar un trago Usted lo necesita, ah, soy el inspector Parkinson, del FBI.

—¿Del… del FBI?

—Sí… Eso he dicho.

—¡Detengan a este hombre! —señaló temblorosamente a Peppard—. ¡Es un asesino, un criminal, un… un…!

Jerome Peppard lanzó un gruñido, se colocó un cigarrillo en los labios y salió de la bodega, refunfuñando furiosamente.

—¡Se escapa! —exclamó Netty—. ¡No permitan que…!

—Tranquilícese, por favor —habló suavemente Parkinson—. Ese hombre es Jerome Virgil Peppard, ex boxeador, ex abogado, ex contador, ex periodista, ex detective privado…, ahora, solamente es uno de los mejores agentes especiales con que cuenta el FBI. Solamente eso.

ESTE ES EL FINAL

Muy pocos golpes llegaban al rostro de Jer Peppard, quien en cambio llevaba por la senda de la amargura a su oponente, cuya estatura era superior casi en ocho pulgadas. Los golpes de guante resonaban secamente en el gimnasio, bajo la atenta mirada de los demás socios y del preparador. Cuando sonó el gong, Peppard bajó inmediatamente la guardia, y el otro lanzó un suspiro que hizo reír a todos los reunidos en la sala de boxeo.

—Conmigo no cuentes más, Jer —masculló—. Tengo bastante por hoy, a ver: otra víctima.

Hubo algunas risas. Un muchacho de anchos hombros y mirada penetrante saltó al *ring*, mirando con simpática expresión torva al más popular de los socios del Central Gym de Nueva York: Jer Peppard. Pero no pudo ser. El conserje se acercó al cuadrilátero y musitó unas palabras al oído de Peppard, que frunció el ceño y acabó asintiendo con la cabeza. Se alzó del taburete, alzando un puño en dirección al joven de los anchos hombros.

—Quizá mañana, Tommy. Me están esperando.

—¡Hombre, Jer…! —se desilusionó el muchacho.

—Lo siento de veras. Hasta mañana, muchachos.

Veinte minutos más tarde, duchado, afeitado, con un estupendo traje deportivo y jersey negro de cuello alto, de hilo, el *G-man* aparecía en la sala de espera del Central Gym, mirando a todos lados. Se quedó petrificado al ver a la persona que le estaba esperando.

—Señorita Bogart —musitó.

La muchacha quedó ante él, mirándolo como sorprendida, y no poco turbada.

—Yo…, yo he vuelto de… de…

—Sí, ya me imagino. Espero que sus momias estén bien… ¿Cómo supo que me encontraría aquí?

—El inspector Parkinson me lo dijo… Yo… le llamé a la Delegación, preguntándole, y él… me… me lo dijo.

—Es un chivato —sonrió Peppard, sorprendiendo aún más a la muchacha—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Necesita algún sarcófago, quizá? No… No, no… Ya sé a qué ha venido.

—¿Lo… lo sabe?

—¡Naturalmente! Usted necesita unas cuantas momias, y ha pensado: «Me voy a ver al asesino de Peppard, para que me mate unas cuantas personas, y así podré jugar a las momias con sus cadáveres…». ¿A que sí?

—No, no, por Dios… No…

—¿No? Caramba, pues no adivino… ¿Le han robado alguna momia del museo?

—Tampoco… No, no…

—Bien… Pues no adivino, señorita Bogart. Lo siento. ¿Quizá va a demandarme por haberla besado, o algo así…?

—Al contrario. Yo… —Netty Bogart enrojeció intensamente y se quitó los lentes—. Yo he pensado que… quizá no le importaría volver a hacerlo.

—Hacer… ¿qué? ¿Besarla?

—Sí, señor Peppard.

—Demonios… ¿Y para qué?

—Quisiera… convencerle de que no soy una momia. Estos días yo he estada… pensando continuamente en usted… No sé por qué, pero no he podido olvidarlo, y…, y he llegado a la conclusión de que le quiero, y… Bueno, como usted dijo que yo era una lechuza, y una momia, y todo eso, yo., quiero demostrarle… que no es cierto.

—¿Me está pidiendo de veras que la bese? —tartamudeó Jer.

—Sí, señor Peppard.

—Bien… Ejem… Caramba, yo…

—Le aseguro que le gustará.

—Bueno. Esto… ¡Caray, esto no lo creería nadie! Pero a mí no me achica ni siquiera una nena que sabe jugar a las momias, qué

cáscaras…

La abrazó, la besó en la boca, ella le echó los bracitos al cuello…, y se habrían pasado allí el resto de la vida si Netty Bogart no hubiera precisado respirar.

—¿Qué… qué le ha… parecido,…, señor Peppard?

—No está mal. Te confesaré un secreto, nena. Yo tampoco he podido dejar de pensar en ti, pero como me parecía que no era de tu agrado, pues…

—¿Te ha gustado mi beso…, aunque sólo sea un poquito?

—Sólo un poquito —mintió espantosamente Jer Peppard—. Pero se me ocurre una buena idea para solucionar esto: nos casamos, nos vamos a vivir a una casita de los suburbios, y nada, pues a estar entrenándonos toda la vida, que es lo bueno… Hay que mantenerse en forma, lechucita, a ver otra vez…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…